

Padre Carlos Alberto Mancuso

Mano a mano con el **diablo**

Crónicas de un cura
exorcista



Sudamericana

Padre Carlos Alberto Mancuso

Mano a mano con el diablo:

crónicas de un cura exorcista

EDICIÓN AL CUIDADO DE WALTER DUER

Sudamericana

PRÓLOGO

El Padre Carlos Alberto Mancuso viene andando por los senderos del Parque Saavedra en dirección a la Iglesia San Francisco. Hace escaso tiempo va por esos senderos, porque ayer nomás exorcizaba a sus feligreses y a otras ánimas que llegaban a la Parroquia San José, en La Plata. Todo el barrio lo conoce.

Ya es famoso, con un prestigio ganado peligrosamente. Un leve halo medieval produce una aureola en su estampa. Pero esa ventana ojival se abre a unas renovadas modalidades que usa el Padre, en cuanto a su rejuvenecido ejercicio, difícil y a veces cruento, tanto para él como para el circunstancial doliente. Dice conjurar con movimiento renovado de “exorcismo hoy”.

Así lo proclama de viva voz. De hecho, dado que no hay torturas ni aprietes, sólo interrogaciones que en más de una ocasión son respondidas por una voz espeluznante, no de garganta humana sino de alguien monstruoso, servil y vil al mismo tiempo, de doble faz y sexo infame: Satanás. Porque lo sobrenatural de la Bestia es múltiple y legionario y se expresa tanto con gravedad tonal como con afinados trinos de ave...

Me consta el poder sanador exorcizante del Padre Carlos. Yo era fumadora

de tres atados diarios. Con el pucho a punto de extinguirse encendía otro nuevo y de noche solía levantarme a consumir mi poco de humo mortal: por lo menos dos cigarrillos. Aplacaba con el vicio unas neurosis tensas, un nerviosismo espantoso que bien pudo tornarme disocial. Alguna vez abandoné mi fumata, pero siempre reincidí con gran fervor, con mis ánimos sometidos a un poder invisible, tenaz, tormentoso.

Eran los tiempos de la Parroquia San José y ahí fui una tarde invernal, horrenda. Era un frío de adentro-afuera, como si una lámina de vidrio me tajeara el cuerpo. Me ahogaba la angustia de saber que debía abandonar el vicio, que adolecía de un poder terminal de algo o alguien que quebraba mi voluntad. No podía liberarme.

El Padre Carlos me atendió casi en silencio, con las manos juntas en actitud votiva. Le relaté mi cuita, mi desgracia. Siguió atendiéndome y me bendijo sin solemnidad, como alguien que saluda a algo. Y me fui.

Ya en mi departamento advertí el alivio.

No he vuelto a fumar desde hace largos años.

Comprendo y afirmo que este canónigo barrial, humilde y sereno, es dueño de unos poderes adjudicados por el Altísimo a humanos privilegiados.

Debo aclarar que no se trató de un juego hipnótico. Soy psicóloga y sé bastante del asunto hipnosis...

Existe otra potestad que es imposible de aceptar por muchos. Para los elegidos, basta tender el brazo y harán posible un milagro, que no es cualquiera, sino un milagro divino.

AURORA VENTURINI

Capítulo 1

EL DIFÍCIL OFICIO DE SER EXORCISTA

Soy un cura exorcista. Enfrento con frecuencia al diablo y lo conmino a abandonar esos cuerpos que decidió poseer. Lucho contra el demonio. Nada más y nada menos. Es una tarea muy pesada, que representa un esfuerzo que supera los límites conocidos como “humanamente posibles”. Es el combate de un humano contra las fortalezas más antiguas del Universo. La mía, queda claro, no es una actividad sencilla.

Mi objetivo final es tratar con personas que sufren una enfermedad anímica, contraída por voluntad propia: la posesión es consecuencia, en líneas generales, del hecho de trabar una “amistad peligrosa” con una entidad diabólica. Porque no hay que imaginar a Lucifer caminando por las calles y eligiendo un cuerpo para ingresar en él. Cuando el Mal decide habitar un cuerpo, lo hace porque el poseído lo convocó, porque selló con él algún tipo de pacto o porque fue víctima de algún embrujo.

Los infectados con esta dolencia, que no es ni física ni orgánica, sino mucho más difícil de diagnosticar y de sanar, en ocasiones pueden curarse y dejar de depender del Maligno. En otros casos, el cuadro es más persistente y

pueden llegar a ser necesarios varios encuentros de exorcismo antes de lograr que el cuerpo sea liberado.

¿Cómo ataca el diablo? Con voluntad de hacer daño y con garras terribles, que, de cierta manera, me recuerdan a la electricidad: son invisibles pero tangibles y tienen la capacidad de mover al mundo. Una entidad malévola que se permite tocarme el hombro, pero a la que sé de antemano que no podré ver, aunque me dé vuelta a la velocidad máxima que mi cuerpo permita. A pesar de los años que llevamos de “vernors las caras”, no desarrollamos ningún tipo de relación. El diablo nos odia a todos, a la humanidad en su conjunto. “En el infierno no hay camaradería, cada uno se ocupa de su llanto y su dolor.” El exorcista debe entender que el demonio no tiene ninguna inquina personal contra él. Es el cuerpo poseído su objetivo en ese momento puntual.

La presencia del diablo no difiere mucho de los espectros imaginados por directores de cine y televisión para sus obras de ficción: colores irisados entre azulino y rojizo, tremulantes. También se hace presente en forma de molestos sueños recurrentes y de delirios febriles. Porque el alma está en un estado febril, en el que sufre fluctuaciones extraordinarias capaces de atemorizar a un desprevenido.

La temática del exorcismo aparece una y otra vez en películas de terror y en folletines baratos. En esas “obras de arte”, se ve un cuerpo poseído capaz de vomitar líquidos verdes, producir movimientos frenéticos en el mobiliario de la habitación o hablar con una voz que el cine ha determinado como “demoníaca”. Pero nada de eso ocurre en la realidad. Toda esta información errónea, fantástica, abundante, dificulta la tarea del exorcista.

¿Qué es lo que sí se ve durante la ceremonia? Los cruentos refucilos que se notan cuando el poseído se retuerce desesperado, ronca, maldice con palabras soeces. El endemoniado adopta posturas espantosas, tira trompadas y patalea.

A simple vista, para quien no sabe que hay una fuerza maligna habitando ese cuerpo, se trata de la misma persona que minutos antes de ese horrendo espectáculo estaba, tal vez, sentada tranquila como agua de un pozo.

La relación frecuente con el diablo es ardua. Suelo sumergirme en profunda meditación y advertir halos de colores tenues que me rodean y me instan a proseguir, me trazan guías espirituales viables para seguir desandando el camino y alivianar el paso de mis semejantes, mantenerlos a salvo, evitarles el desaliento. No es raro que me sienta atacado por malos vientos. Y que logren dañarme. Pero nunca tendrán la capacidad de doblegarme. Siento que estoy en una orilla, la de la luz, y que del otro lado está la orilla sombría. Y que mi misión es tender el brazo de un borde al otro, intentar ser un puente de salvación, evitar que algún desprevenido sienta atracción por ese abismo, en el fondo del cual ataca el diablo con su imán cruel, sin tregua ni pausa.

En estos años, mi tarea se lleva a cabo en el Hogar Sacerdotal. Por eso, es en los instantes en que el imán del bajo fondo intenta desbordarme cuando me encomiendo al Altísimo, eterno vencedor en esta disputa, y me encanto en una tenue silueta frágil de franciscano de Asís, de San Francisco, el *poverello* (así fue llamado, debido al voto de pobreza que hizo durante su juventud), rodeado de avechitas del campo, bajo un cielo pálido de la Umbría, esa provincia italiana que dio la estampa de San Francisco y de Santa Clara de Asís, pero también la de Santa Rita de Cassia. En los momentos más duros de la batalla me transporto allí y siento cómo el mar de agua purísima y un conjunto de salmos bellos me rodean.

La ensoñación no puede extenderse. Porque enseguida advierto que me queda mucho sendero por transitar, sufrir y conquistar. Y que es una tarea que debo hacer para el bien de los rebaños de Dios. Cuanto más palpables son las miserias espirituales, más grande es la desesperación del cura que

incursiona en esos suburbios, en esos pantanos, por encontrar material laudable, por acercar bienestar y salvación. La faena es tremenda.

A cada instante, se repetirán los gritos de quejas, de dolor, de pesadumbre. Quien posee al Gran Oscuro en su interior no consigue ni un instante de paz. Algunos suplican, saben que llegaron a esa situación por culpa, por descuido, por falta de fe o desidia. Sus manos son como flores secas y es mi obligación tomarlas con cuidado, para que no se deshagan en mis propias manos.

Debo admitir que en medio de alguno de estos trabajos sentí debilidad, pensé en lo agradable que podría ser descansar en un lecho tranquilo, dormir hasta muy tarde. Es en esa flaqueza cuando aparecen nuevas fortalezas. Porque decidí vivir del lado de la luz. Del lado que impulsa a dejar las comodidades y lanzarnos al desierto, en búsqueda de ánimas pesarosas, de almas que tropezaron con una crueldad innombrable, que les impide crecer, reproducirse, inseminal espiritualmente a las personas que habitan. Estos refuerzos, que llegan justo cuando mis capacidades de exorcizar corren el riesgo de minimizarse, avivan mi fuego interior, un fuego muy blanco, eucarístico y de pasión saludable, aunque apenas evidente para no atemorizar al paciente.

Dediquemos unos párrafos al enemigo. ¿Qué es el diablo? Sabemos qué no es: no es un mito ni un continente. De ser un mito, carecería del poder de hacer daño, podría representarse mediante una imagen, una cartulina o a través de un cuento o una leyenda curiosos. De ser un continente, se lo podría vaciar igual que a un balde de agua o a una botella de vino. Es una realidad palpable, plausible de matar y corromper.

El diablo es, existe solo y separado. Contenido dentro de su propio ser y a la espera de un continente, o sea, el futuro endemoniado. Acecha a su posible víctima igual que un gato a un ratón y, a su manera y medida, le da caza de un zarpazo y se introduce en su naturaleza con tal pasión que la víctima, el

poseído, pasará a actuar como si fuese una marioneta accionada por un vil titiritero, que desactiva su alma.

Ya no es el mismo ser nacido de una pareja humana, sino un fruto dañado por el mal de todos los males. El endemoniado puede aceptarlo, puesto que ya lo ha invocado, y el oscuro engendro cometerá toda clase de atrocidades, traspasándolo por todos y cada uno de los poros de ese cuerpo que consiguió para su estada y comodidad, activando los mecanismos desde el mismísimo sistema nervioso central del cuerpo que habita, que, durante el acceso, está como dormido. Un detalle: el diablo no le quita la voluntad a su víctima. Por eso, ésta siempre puede hacer el esfuerzo de buscar la cura para su mal.

Nacido como ángel, el demonio quiere vengarse, porque cuando se rebeló contra Dios, éste lo expulsó hacia los infiernos. Sin embargo, es una criatura de Dios, por lo que no puede vencerlo. ¿Cómo manifiesta entonces su espíritu de revancha? Atacando al hombre, acechándolo, provocándolo, llenándolo de insidias para que sea éste quien actúe en contra del plan divino. Un dato no menor: como ser incorpóreo, no necesita de un cuerpo. Simplemente, lo utiliza como instrumento para sembrar y esparcir el mal.

El trabajo del exorcista es posible siempre y cuando el endemoniado se lo pida con verdadera desesperación. Como mencioné, no es un trabajo fácil ni deja de ser riesgoso. Se corren peligros frente a una naturaleza atroz pero sutil, aparentemente impalpable pero que bien puede manifestarse mediante un accionar violento e intempestivo de su continente, que es la víctima que en cada uno de sus movimientos, palabras soeces y actitudes impúdicas lo está manifestando. La fuerza de un endemoniado se triplica con respecto a la naturaleza humana normal. El poseso golpea con la brutalidad de una pata de elefante. Los golpes siguen doliendo bastante tiempo después. El solo contacto por aproximación con el diablo quema.

La manifestación suele ser tan patética, que el exorcista llega hasta a palpar

la naturaleza esquiva demoníaca, con peligro de contaminarse. Satanás, por llamarlo con uno de los múltiples nombres que posee con fines de desorientar al mundo circundante, es tan amigo del atropello como de la seducción.

A veces, ataca con vozarrón atronador. Otras, trata de infundir lástima con tonalidades infantiles, de apariencia inofensiva. Sabe calcular los espacios y los tiempos de las almas ya victimadas y de las almas todavía invictas de su poder, pero al límite de una fatal postración. Es un maestro del terror, de los oscuros y secretos pecados más espantosos. Y es. Cuando el poseso es liberado, el diablo se va, derrotado. Pero no se retira a descansar. Inicia un nuevo camino, en busca de otro continente. Si los humanos dejaran de invocar a las oscuridades, de meterse en sitios ajenos a la luz, el diablo sería sólo un miserable mendigo sin lengua.

El objetivo final del trabajo de exorcismo es la recuperación total del doliente. Podríamos decir que se trata de una cirugía de espíritu. Si se traza un paralelo con una operación del corazón, se comprende que después de la recuperación el paciente logra una clara mejora, pero nunca alcanza el nivel óptimo del que gozó durante el período de plena salud cardiaca. Aquí ocurre lo mismo: el post operatorio debe conducirse bien, para que la persona llegue lo más cerca posible al borde de la “normalidad”. Suelo ser muy perseverante a la hora de pedir a los familiares que me llamen después del exorcismo, que mantengamos el contacto durante un tiempo, para que yo pueda hacer un seguimiento postrero y determinar la presencia de decaimientos o nuevos inconvenientes. Muchas veces lo hacen. Muchas otras olvidan la ceremonia ni bien ponen un pie fuera de la parroquia. Los descuidos después de un exorcismo llevan a caer en un mal irreversible. El bautismo opera como exorcismo inicial, que descarga del pesado pecado original de nuestros padres bíblicos Adán y Eva. Pero lo que sigue, queda por nuestra cuenta y riesgo. Sospecho que ningún ex endiablado decidirá regresar al estado de enfermo.

Aunque eso es sólo una esperanza.

Una persona que es liberada corta todo vínculo con el diablo. Éste se retira completamente de su cuerpo. Puede suceder que en algunas ocasiones la remisión sea gradual. Existieron casos en los que, a pesar de que el paciente ya no tenía el diablo en el cuerpo, seguía con algunas manifestaciones de gritos o insultos durante un tiempo. Por otra parte, es probable que el paso del Maligno por el organismo deje secuelas, como lo hace cualquier enfermedad. En este caso puntual, en el que la dolencia afecta al espíritu, es esperable que quien tuvo al diablo en el cuerpo corra el riesgo de perder algunos años de la vida que tenía destinada para sí.

¿A qué atribuyo el poder que ahuyenta a los demonios en mi actual actividad pastoral? A una devoción mariana que se manifestó a pleno allá por 1983. En esa ocasión, por solicitud del párroco Carlos Antonio Pérez, debí trasladarme a San Nicolás de los Arroyos, en el norte de la provincia de Buenos Aires. El sacerdote me solicitó que me acercara a ver a una mujer en súplica, Gladys Quiroga de Mota, una persona muy humilde, que necesitaba apoyo respecto de una petición divina urgente.

La mujer aseguraba que cerca del Río Paraná, en el instante en que una tormenta había comenzado a estremecer el paisaje, un refucilo alumbró la aparición de Santa María, la madre de Dios. “No sólo la vi, también escuché su voz, inigualable, solicitando un santuario allí mismo”, confesó. Además, Gladys agregó que en un desván del campanario de la Catedral estaba, arrinconada y olvidada, una imagen de la Virgen, bendecida por el Papa León XIII en 1884. Cuando fuimos hacia el sitio indicado, pudimos comprobar que la historia narrada por la mujer era verdadera. La Virgen María de San Nicolás es hoy patrona de la ciudad y constituye una devoción en auge, que atrae a cientos de miles de fieles cada año.

¿Cualquier sacerdote puede ser exorcista? Sí. De hecho, cualquier

sacerdote puede bautizar o casar, rituales más elevados que el exorcismo. Imaginemos a una persona con la capacidad de perdonar los pecados. ¿Cómo no iba a estar igualmente habilitada para alejar un demonio de un cuerpo? Sin embargo, ningún religioso es habilitado por las autoridades eclesíásticas para tratar el problema de la posesión diabólica, que dista mucho de ser un juego de niños, hasta que no se reconoce el poder del exorcista. Aunque parezca increíble, existen curas que niegan el poder exorcista de sus colegas y, con esa actitud, le dan ventaja al Maligno y dañan a la criatura humana. Además, no existen muchos poseídos. Por esa razón es que hay pocos sacerdotes dedicados a esta tarea.

Soy un cura exorcista. Un trabajo que insume toda una vida, compuesto por tareas interminables y por días más que extensos. Pero tengo una misión que me fue encomendada por el Arzobispo: hacer lo posible, o tal vez lo imposible, por cumplir el mandato que me ha sido impuesto. Cuando logro mi objetivo, siento que alcancé una salud del alma plena, que colaboré en la tarea de ensalzar aún más la gloria de Dios. Es cierto que por momentos rebalsa mi vaso de agua bendita, pero igual insisto en ahogar al Maligno, sea como sea.

Recién ahora, después de tantos años de experiencia, estoy ingresando en un territorio amistoso, cordial, en el que puedo reconocer las sombras buenas de los santos, de los ángeles que visitan melodiosos, con laúdes gregorianos, mis estados mentales. Soy una herramienta divina de la cual se sirve el Altísimo para consolar el peor de los desconsuelos: la falta de fe. Soy un trabajador que habita en lo inexplicable.

Capítulo 2

EL CAMINO QUE ME LLEVÓ AL DEMONIO

Cultivé la fe desde muy temprano. Nací en la maternidad de la ciudad de La Plata en 1934 y pasé buena parte de mi infancia en Los Hornos. Mi padre, Salvador, un inmigrante siciliano, se casó con María Estela Alessi, descendiente de italianos. Junto con mi hermana Luisa Alejandra, hoy monja en la localidad de Los Hornos, nos criamos en un ambiente pacífico, tan sencillo que sentíamos que podíamos alcanzar el sol con sólo estirar el brazo. Los dos fuimos tranquilos y obedientes. La hora del Rosario nos acunaba con Ave Marías y murmullos devotos. Éramos rezadores y nos persignábamos muy a menudo.

Ya en primer grado entré en contacto con un amor que me acompañaría toda la vida: el de la lectura. Primero llegó en forma de textos para niños, entre libros escolares y revistas *Billiken*, que esperaba toda la semana como si se tratara de un verdadero tesoro. Más adelante, como fuente de saber para que me hiciera crecer en mi actividad y poner los conocimientos al servicio de mis fieles. La lectura me llevó a algo muy superior, centro y razón de ser de mis días: me permitió encontrar a Dios, a quien consagraría mi existir. El

Señor tiene para cada uno de nosotros el momento oportuno y una forma de llamarnos que sólo Él conoce. Un año más tarde, mi fervor votivo había alcanzado su éxtasis. No me enteré hasta mucho tiempo después, cuando ya era mayor y Aída Marracini, la maestra de segundo grado, decidió confesármelo. Pero el Padre Gambier, regente en ese colegio y asiduo visitante de nuestras aulas, en una ocasión había puesto sus manos sobre mi cabeza y susurrado a la docente: “Éste es de los nuestros”.

En 1951, con apenas 17 años, ingresé al Seminario Menor Nuestra Señora de Luján, en la calle 149 entre 62 y 63, en el barrio donde vivía, bajo el padrinazgo del Padre Antonio Luis Stolfi, párroco de San Benjamín, también de Los Hornos. En esas aulas estudié griego y latín. Luego, a partir de 1956, continué en el Seminario Mayor, donde estuve otros siete años.

Como estudiante, era blanco de las bromas de mis compañeros de estudio por mi actitud, obnubilada a veces, que buscaba visualizar algo más allá de lo visible, en esos tiempos. El interés por el esoterismo me llevaba a ese estado casi de distracción continua. Pero había un pequeño contratiempo: en los textos de estudios oficiales, como mucho habría, sumando todas las obras, dos o tres páginas que se dedicaban a temas esotéricos. Comencé a investigar y a preguntar. Así accedí, en esos años de aulas, a algunos excelentes libros analíticos de esoterismo, en particular las publicaciones de José María de Heredia o el Padre Fernando Palmés.

Ya presentía que mi función iba a ser la lucha en pos de la gloria del Altísimo, con el Bajísimo peleando en el otro rincón, deseoso de desbarrancarme, tironeando hacia el suelo con fines funestos. También comencé a entender que mi herramienta para fustigar a la Bestia sería un látigo de lirios, flor de la pureza.

Sin embargo, antes de dedicarme al exorcismo, actué como párroco de la Iglesia San José, en la calle 6 número 1562 de La Plata, durante muchísimo

tiempo. Para ser precisos, fueron 33 años, cuatro meses y veinte días. Además, entre 1972 y 1986 fui consejero del movimiento Jornadas de Vida Cristiana, que se desarrollaba en los fondos aledaños a la Catedral. También me desempeñé como capellán de las Carmelitas y confesor de la Casa del Padre Pío. Nunca dejé, en mis momentos de meditación y soledad, de leer ni de escribir.

En 2009 culminé mis actividades parroquiales. De repente, me hallé ante un muro de silencio. Sentí que me faltaban los puntos de apoyo cotidianos: mis conocidos barriales, mis pacientes anímicos, mis devotos asistentes dominicales. Cambiar el paso a cierta edad no es nada fácil. Abandoné de un día para el otro la condición de “párroco” y me transformé en un “ciudadano común”, alguien sumado a la multitud, sin otra referencia distintiva que la conservación de mi calidad sacerdotal.

Quedé inmerso en una realidad diferente. Todo había cambiado, hasta la casa en la que vivía. Un solo elemento marcaba la continuidad entre la vida del párroco y la nueva: la existencia de un cura exorcista.

Capítulo 3

LOS ORÍGENES DEL DIABLO EN LA Y DEL EXORCISMO

El exorcismo es una práctica antigua de la Iglesia por la cual un ministro sagrado conmina y ordena al espíritu maligno a abandonar a su víctima sobre la que ejerce un poder despótico.

La Iglesia recibió ese poder sobre el espíritu maligno del mismo Redentor y lo ejerció a través de los siglos. De hecho, en el Santo Evangelio se encuentran algunas secuencias en las que el propio Jesús expulsa al espíritu del mal con una sola orden emanada de su voluntad, por ejemplo un episodio ocurrido en la sinagoga y narrado en San Marcos, 1 (23-28):

Y había en la sinagoga un hombre poseído de un espíritu impuro, que comenzó a gritar: “¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido para acabar con nosotros? Ya sé quién eres: el Santo de Dios”. Pero Jesús lo increpó, diciendo: “Cállate y sal de este hombre”. El espíritu impuro lo sacudió

violentamente y, dando un gran alarido, salió de ese hombre. Todos quedaron asombrados y se preguntaban unos a otros: “¿Qué es esto? ¡Enseña de una manera nueva, llena de autoridad; da órdenes a los espíritus impuros, y estos le obedecen!”. Y su fama se extendió rápidamente por todas partes, en toda la región de Galilea.

O el descrito también en San Marcos, 9 (14-29):

En aquel tiempo, Jesús bajó de la montaña y, al llegar donde los discípulos, vio a mucha gente que les rodeaba y a unos escribas que discutían con ellos. Toda la gente, al verle, quedó sorprendida y corrieron a saludarle. Él les preguntó: “¿De qué discutís con ellos?”. Uno de ellos le dijo: “Maestro, te he traído a mi hijo, que está poseído de un espíritu mudo. Cuando se apodera de él, lo tira al suelo y le hace echar espuma por la boca; entonces le crujen sus dientes y se queda rígido. Le pedí a tus discípulos que lo expulsaran pero no pudieron”. “Generación incrédula”, respondió Jesús, “¿Hasta cuándo estaré con ustedes? ¿Hasta cuándo tendré que soportarlos? ¡Tráiganmelo!” Y ellos se lo trajeron. En cuanto vio a Jesús, el espíritu sacudió violentamente al niño, que cayó al suelo y se revolcaba, echando espuma por la boca. Jesús le preguntó al padre: “¿Cuánto tiempo hace que está así?”. “Desde la infancia”, le respondió, “y a menudo lo hace caer en el fuego o en el agua para matarlo. Si puedes hacer algo, ten piedad de nosotros y ayúdanos.” “¡Si puedes...!”, respondió Jesús. “Todo es posible para el que cree.” Inmediatamente, el padre del niño exclamó: “Creo, ayúdame

porque tengo poca fe”. Al ver que llegaba más gente, Jesús increpó al espíritu impuro, diciéndole: “Espíritu mudo y sordo, yo te lo ordeno, sal de él y no vuelvas más”. El demonio gritó, sacudió violentamente al niño y salió de él, dejándolo como muerto, tanto que muchos decían: “Está muerto”. Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó, y el niño se puso de pie. Cuando entró en la casa y quedaron solos, los discípulos le preguntaron: “¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo?”. Él les respondió: “Esta clase de demonios se expulsa sólo con la oración”.

El libro de San Mateo también cuenta un exorcismo (15, 21-28):

Jesús se dirigió hacia el país de Tiro y de Sidón. Entonces una mujer cananea, que salió de aquella región, comenzó a gritar: “¡Señor, Hijo de David, ten piedad de mí! Mi hija está terriblemente atormentada por un demonio”. Pero él no le respondió nada. Sus discípulos se acercaron y le pidieron: “Señor, atiéndela, porque nos persigue con sus gritos”. Jesús respondió: “Yo he sido enviado solamente a las ovejas perdidas del pueblo de Israel”. Pero la mujer fue a postrarse ante él y le dijo: “¡Señor, socórreme!”. Jesús le dijo: “No está bien tomar el pan de los hijos, para tirárselo a los cachorros”. Ella respondió: “¡Y sin embargo, Señor, los cachorros comen las migas que caen de la mesa de sus dueños!”. Entonces Jesús le dijo: “Mujer, ¡qué grande es tu fe! ¡Que se cumpla tu deseo!”. Y en ese momento su hija quedó curada.

La primera embestida de Satán contra Jesús, según el Evangelio, había ocurrido durante la vida pública del Maestro, que rechazó las diferentes tentaciones del Maligno: satisfacer su hambre (Jesús llevaba cuarenta días de ayuno), la vanidad, la codicia... Así describe este encuentro San Mateo en el capítulo 4 (1-11):

Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el demonio. Después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, sintió hambre. Y el tentador, acercándose, le dijo: “Si tú eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes”. Jesús le respondió: “Está escrito: el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Luego el demonio llevó a Jesús a la ciudad santa y lo puso en la parte más alta del Templo, diciéndole: “Si tú eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: Dios dará órdenes a sus ángeles y ellos te llevarán en sus manos para que tu pie no tropiece con ninguna piedra”. Jesús le respondió: “También está escrito: no tentarás al Señor, tu Dios”. El demonio lo llevó luego a una montaña muy alta; desde allí le hizo ver todos los reinos del mundo con todo su esplendor y le dijo: “Te daré todo esto, si te postras para adorarme”. Jesús le respondió: “Retírate, Satanás, porque está escrito: adorarás al Señor, tu Dios y a él solo rendirás culto”. Entonces el demonio lo dejó, y unos ángeles se acercaron para servirlo.

Jesús delega el poder del exorcismo a los apóstoles, continuadores de su obra, como consta en San Marcos (16, 17-19):

“(…) Y estos prodigios acompañarán a los que crean: arrojarán a los demonios en mi Nombre y hablarán nuevas lenguas; podrán tomar a las serpientes con sus manos, y si beben un veneno mortal no les hará ningún daño; impondrán las manos sobre los enfermos y los curarán”. Después de decirles esto, el Señor Jesús fue llevado al cielo y está sentado a la derecha de Dios.

Simón, el mago, quiso comprarle el poder a Pedro, como consta en Hechos (8, 13-24):

Hasta el mismo Simón creyó y, una vez bautizado, no se apartaba de Felipe; y estaba atónito al ver las señales y grandes milagros que se realizaban. Al enterarse los apóstoles que estaban en Jerusalén de que Samaria había aceptado la Palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan. Estos bajaron y oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo; pues todavía no había descendido sobre ninguno de ellos; únicamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo. Al ver Simón que mediante la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu, les ofreció dinero diciendo: “Dadme a mí también este poder para que reciba el Espíritu Santo aquel a quien yo imponga las manos”. Pedro le contestó: “Vaya tu dinero a la perdición y tú con él; pues has pensado que el don de Dios se compra con dinero. En este asunto no tienes tú parte ni herencia, pues tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esa tu maldad y ruega al Señor, a ver si se te perdona ese pensamiento de tu corazón; porque veo que tú estás en hiel de amargura y en

ataduras de iniquidad”. Simón respondió: “Rogad vosotros al Señor por mí, para que no venga sobre mí ninguna de esas cosas que habéis dicho”.

El procónsul Sergio, decidido a ser cristiano, fue embestido de palabra por el mago Elimas en cuanto a su decisión y éste fue castigado por el Espíritu Santo, que lo cegó por escarmiento. San Pablo le dijo que permanecería así “hasta el tiempo oportuno”. Así lo cuenta Hechos 13 (6-12):

Habiendo atravesado toda la isla hasta Pafos, encontraron a un mago, un falso profeta judío, llamado Bar Jesús, que estaba con el procónsul Sergio Paulo, hombre prudente. Éste hizo llamar a Bernabé y Saulo, deseoso de escuchar la Palabra de Dios. Pero se les oponía el mago Elimas, pues eso quiere decir su nombre, intentando apartar al procónsul de la fe. Entonces Saulo, también llamado Pablo, lleno de Espíritu Santo, mirándole fijamente, le dijo: “Tú, repleto de todo engaño y de toda maldad, hijo del Diablo, enemigo de toda justicia, ¿no acabarás ya de torcer los rectos caminos del Señor? Pues ahora, mira la mano del Señor sobre ti. Te quedarás ciego y no verás el sol hasta un tiempo determinado”. Al instante cayeron sobre él oscuridad y tinieblas y daba vueltas buscando quien le llevase de la mano. Entonces, viendo lo ocurrido, el procónsul creyó, impresionado por la doctrina del Señor.

Pero el diablo no hizo sus primeras apariciones con Jesús, sino que está dando vueltas por el mundo desde muchísimo antes. En ocasiones, en los momentos de silencio, tanto interiores como de mi entorno, me entrego a la

meditación, a la reflexión. Y mis recuerdos se inundan con historias, algunas antiquísimas y también relacionadas con el diablo, como esta ocurrida en la Mesopotamia, ese espacio de Asia limitado por los ríos Tigris y Éufrates.

Ocurrió en el pueblo primitivo de Sumeria, caserío rústico cuyos habitantes, pastores y campesinos, esperaban los desbordes de los ríos y el regadío de sus afluentes para sembrar y que el ganado pudiese tomar beneficio de esa agua. Ur era una ciudad preciosa, en la que floreció una civilización comandada por Patesi, el jefe designado. Los alfareros solían construir pequeñas figuras con barro que, una vez esculpidas, secaban en hornos o, durante los tórridos veranos, directamente a pleno sol.

El nivel de paz que se disfrutaba en Ur fue, tal vez, el más grande entre todas las civilizaciones antiguas. Los sumerios desarrollaron una escritura que les permitió trascender su cultura hasta nuestros días. Leían textos sagrados que los introducían en el saber antepasado y los incitaba a inspirar una cultura serena tendida hacia la belleza y la tranquilidad. Todo esto debe haber sido una tentación incontenible para el Maligno.

Las gentes paganas sufrían sed de la leche y la miel que baja del Altísimo, aunque aún no lo entendieran. Fundaron un templo: el Santuario de la Gracia, cuya finalidad consistía en disipar las sombras y exterminar a un espíritu cruel que les mataba el ganado y les secaba las cosechas. Su nombre, Enki, “señor de los abismos”. El templo, edificado en Sumeria, ciudad santa, “cuya gloria se enciende en los altares y cuyos hijos son de hierro”, era el sitio de reunión de una noche especial del calendario sumerio, durante la cual sacrificaban un toro para “que el Maligno pereciera bajo el carro y el caballo”.

Un hombre que dormitaba bajo el árbol sagrado, llamado huluppú, notó un leve movimiento de tierra y una pequeña columnita de humareda que exhalaba un claro olor a azufre. Esta persona buscó una herramienta dura y

empezó a cavar en el llamativo estadio. Extrajo una estatuilla que ahora mismo está en el Museo de Nápoles. Si necesitáramos describirla, podemos decir que es fea. Muy fea.

De mediana estatura, el ser esculturado tiene alas en la espalda, brazos expuestos en ademán de asalto terminados en garra, piernas desagradables terminadas en pata de dragón o de tortuga. La expresión produce cierto desvelo, durante la noche siguiente, a quien lo mira, sonriente y procaz, tras el vidrio del espacio en el que se exhibe.

No era sólo un idolillo eso que había caído allí, entre el Tigris y el Éufrates. Era también el diablo. ¿Lo habrán empujado los ángeles? ¿Lo habrán deformado arrastrándolo desde un mundo de belleza inigualable a tal espectro esencial? Todo es posible.

La historia cuenta que el hombre que dormía debajo del árbol sagrado murió enseguida, contagiado por una enfermedad que lo retorció en el suelo seco. Porque los ríos, desde la venida del Malo, se habían secado. El diablo estaba echando raíces en Asia para, desde allí, movilizarse hacia el mundo. Clavó sus uñas en la Mesopotamia y, al mismo tiempo, mostró su estatuilla de presentación.

La preocupación del pueblo sumerio llevó a una reunión parlamentaria presidida por los ancianos sabios. ¿Cómo era posible tanta miseria luego de haber habitado un verdadero paraíso? Empezaron las guerrillas internas, se quemaron pueblos, se cometieron todo tipo de desmanes. Aprovechando el desastre interior, los vándalos vecinos entraron y los devastaron. La oscuridad había reemplazado a la luz. El terror, a la paz. Había un culpable, Luzbel, otro de los nombres que toma el demonio, que ya no era ni bello ni luminoso, sino oscuro y contagioso.

“Es el diablo”, suelen decir muchísimas personas que ven alguna reproducción de esta pieza, de común aparición en los libros de historia.

Podría decirse que se trata de una casualidad. O asegurarse que el ente cruel de arcilla lo proclama.

El origen del diablo se remonta hasta antes de la Creación. Cuando Dios puso al primer hombre sobre la tierra, ya había construido un mundo angélico, con seres dotados de inteligencia y voluntad, pero incorpóreos. De esos ángeles antiguos, Lucifer decidió rebelarse contra el Altísimo, sabotear su plan divino. Por este motivo, fue expulsado hacia el averno. Así lo describe Isaías (14, 12-14):

¡Cómo has caído del cielo, Lucero, hijo de la aurora! ¡Cómo has sido precipitado por tierra, tú que subyugabas a las naciones, tú que decías en tu corazón: “Subiré a los cielos; por encima de las estrellas de Dios erigiré mi trono, me sentaré en la montaña de la asamblea divina, en los extremos del norte; escalaré las cimas de las nubes, seré semejante al Altísimo!”.

También Ezequiel le dedica unos párrafos al ángel caído en desgracia (28, 12-19):

Tú eras el dechado de la perfección, lleno de sabiduría y de espléndida belleza. En el Edén, jardín de Dios, vivías. Innumerables piedras preciosas adornaban tu manto: rubí, topacio, diamante, crisolito, piedra de ónice, jaspe, zafiro, carbunclo y esmeralda; de oro era el borde de tu manto, de oro las incrustaduras, todo a punto desde el día en que fuiste creado. Como un querubín protector yo te había puesto en el monte santo de Dios. Eras perfecto en tus caminos desde el día en que fuiste

creado, hasta que apareció en ti la iniquidad. Con el progreso de tu tráfico te llenaste de violencia y pecados; y yo te he arrojado del monte de Dios y te he exterminado, oh querubín protector, de entre las brasas ardientes. Tu corazón se había engraido por tu belleza. Tu sabiduría estaba corrompida por tu esplendor. Y yo te he derribado en tierra y te he presentado como espectáculo a los reyes. Con tus numerosas culpas, con tu comercio venal, profanaste tus santuarios. Pero yo hago brotar de ti mismo el fuego que te devora. Te reduciré a ceniza sobre el suelo delante de todos los que te miran. Todos los pueblos que te conocen están consternados por ti; te has convertido en un motivo de espanto y no existirás nunca más.

Otras menciones destacadas son las del libro del Apocalipsis, en el capítulo 12 (“Miguel y sus ángeles lucharon contra el Dragón. El Dragón y sus ángeles combatieron, pero no pudieron prevalecer y no hubo puesto para ellos en el cielo. Y fue precipitado el gran Dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero, y sus ángeles fueron precipitados con él”) y en el 20 (“El diablo fue arrojado al estanque de fuego y de azufre, donde están la Bestia y el Falso Profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos”, v. 10).

Capítulo 4

LA CEREMONIA DE EXORCISMO

El exorcismo es un sacramental. Esto significa que, a diferencia de los siete sacramentos de la Iglesia, determinados por Jesús antes de partir hacia los cielos (bautismo, confirmación, eucaristía, penitencia, unción de los enfermos, orden sacerdotal y matrimonio), su rito no es inamovible y, de hecho, ha variado de formas a lo largo del tiempo. En la antigüedad, solía considerarse a los sacramentales como “sacramentos menores”, de un valor religioso por debajo de los siete principales, aunque con una semejanza clave: ser fuente de gracia para acudir al auxilio divino.

Ya en tiempos del Papa Juan Pablo II, la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, luego de estudiar en profundidad el antiguo rito, para lo cual se tomó varios años y se consultó a los especialistas que pudiesen aportar el conocimiento de las disciplinas vinculadas con la práctica del exorcismo, promulgó el rito renovado de los exorcismos, que fue aprobado por su Santidad el 1º de octubre de 1998.

En los prenotandos de la publicación se hace una breve historia de la salvación comenzando con la experiencia de la primera pareja humana en el

Paraíso tal como la relata el libro del Génesis. El demonio tentador se le aparece a Eva en forma de serpiente y la induce a desobedecer el mandato divino. El primer acto de desobediencia del hombre hacia su Creador tendrá como resultante la enfermedad, la muerte y el sufrimiento hasta el fin de la historia humana.

Jesús, el Hijo de Dios, que el Padre envió por amor al hombre caído en el pecado, fue tentado por el diablo que pretende apartar al Señor del plan redentor establecido por el Padre.

El ministro del exorcismo es el sacerdote designado por el obispo diocesano. Esta licencia se otorga a un sacerdote que esté dotado de piedad, ciencia, prudencia e integridad de vida.

El nuevo ritual advierte a los sacerdotes exorcistas que no sean crédulos en aceptar la declaración de pacientes psíquicos que dicen estar poseídos por demonios cuando, en realidad, se trata de un delirio místico que al sacerdote le será fácil detectar.

Características de posesión diabólica pueden considerarse el hablar con muchas palabras una lengua desconocida, o bien entenderla si otro la hablare, conocer cosas ocultas, poseer fuerzas por encima de lo normal. No siempre es posible encontrar estos signos extraordinarios. En cambio, hay otros más directamente referidos a la vida espiritual que están en todos los casos de posesión. Aversión a todo lo que se refiere a Dios, a la Santísima Virgen, a los santos, a la Iglesia, a la Biblia, a la cruz, a las imágenes sagradas, al agua bendita.

El rito tiene gestos que se pueden ir agregando según la reacción de poseso: aspersión con agua bendita, imposición de manos, el signo de la cruz o un soplo.

De todas formas, el prólogo de la nueva obra autorizaba a conservar el ritual antiguo, incluyendo la posibilidad de practicar el exorcismo en latín. En

particular, el libro que utilizo yo perteneció a Monseñor Fermín Emilio Laffite, que llegó a ser Arzobispo de Buenos Aires en 1959. Prefiero apelar a técnicas probadas que arriesgar con un ritual nuevo del que no conozco su efectividad, porque considero que no es justo utilizar a un paciente, que está sufriendo, como conejillo de Indias. Mi labor es ahuyentar el mal que lo aqueja lo más pronto que sea posible.

La esencia del rito es dotar al sacerdote de herramientas para enfrentar al mal espíritu que se halla dentro del poseso y, con la autoridad de Cristo, ordenarle que abandone su presa, en la que mora de forma injusta y arbitraria. Un dato clave para difuminar falsas creencias, difundidas principalmente por el cine y la literatura: el demonio no deja un cuerpo porque se le eche agua bendita, se le estampe una medallita bendecida en la frente del poseído o se le muestre un crucifijo a los ojos. Sólo la lectura del ritual es efectiva para su retirada. Y no en todos los casos.

Es preferible que el sacerdote no dialogue con el demonio, que intentará de muchas maneras distraer la atención del oficiante para que se frustre el propósito liberador. Por otra parte, el religioso debe estudiar las particularidades del mal espíritu que está tratando de expulsar, para insistir sobre las oraciones o sobre otras prácticas (cruz o agua bendita, por ejemplo) ante las que éste se sienta más afectado. De esta manera, acelerará el proceso. Los familiares presentes están facultados para rezar, invocar la misericordia de Dios o recurrir a la Virgen María para que interceda con su valiosa mediación para que todo concluya de la mejor manera posible. Incluso, en ocasiones el mismo endemoniado está consciente de la sanación a la que está siendo sometido y puede colaborar con su propia liberación.

La ceremonia dura habitualmente menos de una hora y se efectúa en privado; sólo pueden asistir algunos familiares. Esto no tiene que ver con aspectos mágicos, misteriosos ni sobrenaturales. Simplemente, la reserva es

para respetar a la persona afectada en un momento tan penoso en el que es seguro que no desea estar expuesta a la curiosidad de extraños. El inicio consiste en una serie de plegarias para implorar a Dios que utilice su mano para arrojar el mal espíritu. En una segunda parte, se leen trozos del Evangelio referidos a los exorcismos realizados por Jesús, como los mencionados al principio de este capítulo. Por último, se conmina al demonio con palabras imperativas a que, en nombre del Señor, abandone inmediatamente la criatura humana que poseyó y sobre la cual no tiene ningún derecho. Es importante comprender que no es el sacerdote quien da esas órdenes, sino Jesucristo a través de la investidura del religioso.

El filósofo y teólogo francés René Laurentin, nacido en 1917 y considerado uno de los principales expertos en mariología del mundo, aporta las siguientes definiciones acerca de los exorcismos:

¿Quiénes son los clientes de los exorcistas? Personas abrumadas por pruebas o por sufrimientos inexplicables, sean materiales, físicos, psíquicos o espirituales. Muchas veces han pasado por curanderos, adivinas, manosantas o videntes de todo tipo. Los creyentes son los que van en primer término a los sacerdotes exorcistas. La Iglesia es muy amplia porque acepta socorrer a los endemoniados de todos los cultos y creencias, y aun a los paganos no bautizados. La mayoría de las personas dicen estar embrujadas, víctimas de maleficios. Luego las que han practicado el espiritismo y los cultos al demonio. O han pactado con el diablo en una sesión de magia negra. Hay vocaciones sacerdotales que fueron apartadas de su camino, por distintas tentaciones, ya que el diablo no quiere ver futuros Curas de Ars (Nota: referencia a San Juan Bautista María Vianney,

reconocido por ser un “direccionador de almas”. Ver “Apéndice”).

La primera tarea que debe efectuar el sacerdote antes de encarar el tratamiento del poseído es discernir si el paciente que acaba de llegar está efectivamente tomado por el espíritu del mal o si padece alguna patología mental que hizo confundir a la familia, al punto que decidió el diagnóstico (“endemoniado”) que resulta, casi siempre, erróneo.

Así lo manifiesta Corrado Balducci en su libro *Los endemoniados hoy* (1965):

De modo que la presencia del demonio hoy en día no es algo inusual. Como tampoco lo son las patologías psiquiátricas vinculadas con la vida de pecado, con los vicios nefandos, el aborto y las supersticiones. Satán se ha enseñoreado de la sociedad. Sin embargo, toda prudencia es poca a la hora de discernir cuánto pertenece al orden natural y cuánto al preternatural en los casos de presunta influencia satánica (infestación, obsesión, diversas formas de posesión...). Siendo la formación del clero joven y de mediana edad casi nula en esta materia, pocos elementos de juicio tienen para asistir a sus fieles.

Lo peor, es que en muchas ocasiones, el paciente es traído sólo para que el sacerdote reafirme ese concepto equivocado, tal vez en base a los dichos de alguna curandera que indica que la persona tiene un daño o un “trabajo” cuando, en realidad, el sacerdote vislumbra las características inequívocas de una grave enfermedad mental que no remite con agua bendita. En estos casos, es mi obligación utilizar todos los medios que tenga a mi alcance para

convencerlos de que es un psiquiatra el que debe emitir su juicio profesional antes de llevar a cabo cualquier ceremonia exorcística, aunque se ofendan o se disgusten. Porque, de no ser así, lo más probable es que algún día no muy lejano, la supuesta víctima del demonio termine entre los muros grises de algún manicomio. No se puede curar a un esquizofrénico con doscientos litros de agua bendita de la misma forma que no se puede sanar a un endemoniado con risperidona. Cada dolencia tiene su tratamiento.

Por todo esto, es imprescindible que los familiares del afectado tengan la humildad suficiente como para acatar el parecer del sacerdote, aunque no sea de su agrado. No soy un improvisado. Para poder desarrollar mi profesión de la mejor manera posible, combiné estudios de psicología y psiquiatría con parapsicología, espiritismo y demonología. Esto me permite desglosar el comportamiento del recién llegado y visualizar su esencia. A esta altura, para mí resulta muy sencillo determinar si una persona tiene alta probabilidad de ser paciente psiquiátrico: algunos aspectos de palidez, de mirada perdida o sin brillo, alteraciones en el rostro, efectos clásicos de drogas utilizadas comunmente para combatir la esquizofrenia...

De todas maneras, durante mucho tiempo fui aprendiendo durante el método de ensayo y error. A medida que avancé en la vida, incorporé conocimientos y nuevos mecanismos para detectar casos verdaderos y para revelar casos falsos. Todo esto lo complemento con la lectura de los textos que van dejando, a modo de testimonio, otros sacerdotes exorcistas. En los últimos tiempos también yo comencé a volcar mi experiencia: participo de conferencias y charlas para jóvenes sacerdotes interesados en esta temática en las que cuento los pormenores de la actividad.

A veces el problema no es del enfermo, sino de su entorno familiar. Incluso, he tenido numerosos casos en los que los familiares exageraron los síntomas para forzar un exorcismo que bajo ningún punto de vista estaba

indicado para ese caso en particular. Por eso advierto que Dios perdona siempre, pero la naturaleza no perdona jamás.

El inicio del ritual es, en general, la prueba más contundente que puede tener el oficiante para determinar si, en efecto, el demonio está alojado en esa persona. Es que apenas se comienza la lectura de las primeras líneas, el poseído arranca con sus gritos desaforados y con diferentes escenas de violencia, que van desde insultos y escupitajos hasta blasfemias y forcejeos. Si había alguna duda de que el enemigo estaba allí, éste es el momento en el que se despeja.

En mi caso particular, recibo la colaboración de asistentes que sostienen con firmeza el cuerpo del endemoniado. Acudo a cuatro o más hombres que lo sujetan boca abajo cuando es necesario (en particular, cuando el endemoniado se muestra propenso a escupir), extendido sobre una frazada, impidiendo que el paciente haga ningún tipo de fuerza. Sin esa ayuda, sería imposible realizar la ceremonia. Porque es impensable que el demonio quede apacible, sentado, esperando ser expulsado del cuerpo que tomó. Los únicos requisitos para ser ayudantes en un exorcismo son tener ganas de colaborar y no sentir temor por el simple hecho de estar allí. Hay que entender que la sensación es desagradable y que, muchas veces, se puede recibir algún que otro escupitajo o puntapié (y siempre alguna maldición). También en ocasiones tienen que atravesar otra situación incómoda: cuando el poseído se niega a ingresar al recinto y, entre todos, deben levantarlo por los aires y entrarlo de esa manera.

Los asistentes no deben temer en absoluto por la posibilidad de que el diablo tome sus cuerpos una vez que suelta el del enfermo. Tampoco los miembros del entorno familiar que estén dentro del recinto donde se realiza el ritual. Dios no consiente que el espíritu maligno se pase de un cuerpo a otro como si caminara entre dos habitaciones.

La ceremonia tanto puede realizarse en la iglesia como en la casa del enfermo, cuando este está sentado en su living o acostado en su cama. Yo apunto a realizarla dentro de la parroquia siempre que sea posible, pero hay casos en los que, por las condiciones particulares que presenta, necesito trasladarme hasta la casa del poseído. Eso sí: sea cual fuere el lugar donde la practico, siempre voy con ayudantes. Recuerdo a un joven policía al que era imposible mover de su cama. Fui hasta su casa y lo encontré recostado, pacífico. Le pregunté cómo estaba, me respondió que en perfectas condiciones. Pero ni bien leí una oración de liberación, se levantó aturdido de los nervios y se me vino encima, con voluntad tal vez de golpearme. En ese momento, mis asistentes lo controlaron y practiqué el exorcismo allí mismo. Ya con el diablo debilitado, lo trasladamos a la parroquia para culminar la curación.

Si en algún momento el poseso queda exhausto sobre la manta y carece de las reacciones violentas que caracterizan el comienzo de un exorcismo, o se distingue que ya no sufre de aversión a los elementos sagrados ni se manifiesta hostil hacia el sacerdote o algunos de sus colaboradores, es probable que estemos ante una persona que ha retomado su normalidad.

A veces es necesario repetir las partes esenciales, y en otras el exorcista puede creer conveniente suspender el rito. También existen los casos en que el ritual se completa y el enfermo no se libera, porque el mal espíritu no ofrece ninguna señal de que tiene intenciones de retirarse. En esa situación, es perfectamente posible repetir el exorcismo cuantas veces sea necesario. Si la ceremonia se repite en diversas ocasiones y, aun así, el sacerdote dista mucho del resultado apetecido, al punto tal que ni siquiera distingue alguna mejora, debe volverse a la sospecha inicial: es posible que el paciente sufra en realidad de alguna patología mental, por lo que requerirá la consulta a un terapeuta para aclarar el panorama y, de ser necesario, un tratamiento

psiquiátrico.

Capítulo 5

EL PRIMER CONTACTO

“Fuera, basura.” Ésas fueron las primeras palabras que me dirigió el diablo, durante nuestro encuentro inicial cara a cara. Fue en 1984. El Padre Julio Britos estaba desesperado: una joven, docente de catequesis, destemplaba con sus aullidos el ámbito sereno de su parroquia. Era septiembre y resolví visitar a la chica en su casa.

Ya había caído un crepúsculo, de esos crepúsculos primaverales que no se deciden entre el calor y el frío, que humedecen las lajas y los pisos y que levantan ligeras nieblas. Llegué a la dirección que tenía anotada y atravesé un largo pasillo antes de llegar a la habitación de la joven. Era un ambiente tristísimo. El Maligno nunca sonríe.

De repente, la vi. Estaba acostada en su cama, ubicada sobre la pared que se veía desde el patio que yo estaba desandando. A su derecha, la madre. A la izquierda, el Padre Santiago, carmelita chileno. Apenas ingresé en la habitación, la paciente reaccionó contra mí. “Fuera, basura.” Estaba desaforada. La serenidad aparente que me había transmitido cuando aún no habíamos cruzado nuestras miradas ya no existía. Sus ojos se deslizaron hacia

un plano espantoso, terrible.

El ser maldito que la poseía no se incomodaba ante la presencia de su madre ni la del Padre Santiago, pero sí ante mí. Le causé una molestia tal, que decidió atacarme: me produjo una sensación cruel de amargura que se dispersó por toda la zona gástrica. Estuve a punto de sufrir un decaimiento, por lo que decidí salir de la pieza. De regreso al ámbito parroquial, mi rostro denotaba el enfrentamiento que había atravesado. “¿Te agredió, verdad?”, me preguntó el Padre Britos. Mi única respuesta fue que no quería apresurar el diagnóstico, por lo que me estaba dirigiendo a lo del Reverendo Padre Antonio Sagrera para consultar su opinión. Lo encontré podando una parra, en el parque de la Parroquia de San Cayetano. Apenas dije algunas pocas palabras sobre la experiencia que acababa de vivir. Fueron suficientes para su sabiduría. Dejó suspendidas las tijeras sobre unas hojas y me aportó su visión de los hechos: “Está endemoniada”.

Comencé a visitarla con frecuencia para interiorizarme de su caso. En una ocasión, me contaron la historia que podía ser la semilla de todo el problema. La chica estaba de novia con un muchacho, cuya madre se oponía a la relación. Esta futura suegra era dada a consultar magos y brujos. Uno de estos personajes habría preparado una torta de frutilla, presuntamente cocinada con el maleficio de un ensalmo, que, cuando la joven la comió, sintió como su “normalidad” se desvanecía. En otra visita, me mostraron un recipiente que contenía un líquido rosado, vómito de la chica, que ya llevaba varias semanas sin comer.

El aspecto de la endemoniada era temible, débil y feroz.

Ya había averiguado lo suficiente. Era hora de comenzar a dialogar.

—¿Por qué estás dentro de ella? —fue la primera pregunta que hice al Maligno en mi vida.

—Porque me fue consagrada —me respondió con una voz espantosa y

gruesa, como un bufido.

—¿Quién te la consagró?

—Eso no te lo voy a decir.

—Te vas a ir porque Éste te va a echar —lo acosé, exhibiéndole un crucifijo.

—A ése yo ya lo vencí —dijo con suficiencia.

—Eso lo vamos a ver después —me envalentoné.

El “después” significaba una vez terminado el exorcismo. La ceremonia se realizó en la Parroquia San José una mañana y estuvo a cargo del Padre Segrera. Yo participaba como asistente, al igual que los presbíteros Rodolfo José O’Neill, Leopoldo Esteban, Jorge López y Julio Britos. También asistieron algunos familiares de la chica y el estudiante Julio Romero, actualmente médico en la localidad de Magdalena.

Durante la hora que duró la tarea, las miradas aterradoras y los insultos procaces que emanaba el ente maléfico a través del cuerpo de la posesa estaban dirigidos a mí. A tal punto, que el Padre Esteban, otro de los asistentes, me comentó: “Mire, es contra usted la cosa”. Yo no podía comprenderlo: el Padre Segrera era el exorcista principal... ¿Por qué manifestaba tanto odio hacia mí?

“¡Que esos ojos no me miren! ¡No, no! ¡Que esos ojos no me miren!” Los gritos de la joven catequista poseída me dieron una explicación, que terminé de comprender cuando recordé las palabras de San Felipe Neri: “El diablo no resiste la mirada del sacerdote”. En ese momento comprendí que yo era exorcista. El propio Maligno, a través de su preocupación atroz, tan profunda que hasta rebalsaba su maldad, me lo hizo saber. Me temía, estaba furioso con mi actitud, sentía la ofensiva de la luz, ante su propuesta sombría y de profunda tristeza, propia de quien fue expulsado de la divinidad. Esa luz iba a ser mi espada para luchar contra él. En ese momento supe que iba a

entregarme de lleno a tan delicado ministerio.

La joven exhibía un nerviosismo creciente. También manifestaba una fuerza descomunal. Me dirigí a sus familiares y les pedí que la sostuvieran con la mayor firmeza que les fuera posible. “No la suelten”, les rogué. “Ah... ¿Me tenés miedo, no?”, fue la respuesta del demonio. Sus sacudones eran tan potentes que incluso Romero se acercó a colaborar. La tomó por los tobillos y, además de sumarse a la contención, decidió verificar que su pulso estaba normal. La excitación de la joven era tan intensa que todos temíamos que su corazón sufriera el esfuerzo.

La lucha culminó cuando la ceremonia llegó a su fin. El invasor fue expulsado del cuerpo y del alma de esta mujer, que luego tuvo una vida normal. Hoy, es esposa y madre de dos hijos.

El caso narrado no fue, sin embargo, la primera ocasión en la que estuve cerca del diablo. Tenía yo 17 años (esto habrá sido en 1950 o 1951) y estaba yendo a la iglesia cuando me topé con una mujer que parecía descompuesta. Intentó atravesar las puertas del templo, pero el párroco la interceptó y le pidió que esperara del lado de afuera, a un costado. “¿Para qué hablaste con el cura?”, escuché la voz que salía de su boca pero que no parecía ser de ella. El sacerdote me miró y me dijo que sospechaba que la mujer estaba endemoniada. En ese momento, no imaginé que más de treinta años después lucharía con el diablo ni que lo vería con tanta frecuencia.

Capítulo 6

LOS CASOS REGISTRADOS

El arzobispo de La Plata, Monseñor Héctor Aguer, me sugirió que registrara los casos de exorcismos y liberaciones que realizara. Ese consejo fue la semilla de este libro.

I. Ángela. El ataque llega por vía materna

Ángela y su marido llegaron a La Plata desde Córdoba. Era un matrimonio que tenía tres hijos, pero desde hacía un tiempo una serie de tormentos los perseguía, y la pareja estaba a punto de desbarrancarse. Entre los dos, inundaron la parroquia en un mar de lágrimas. Las lágrimas ya se habían instalado en esa casa. Ángela, de treinta y seis años, había logrado desesperar a su familia con sus llantos continuos. Su aspecto era lamentable y sus ojos, si bien apenas estaban húmedos, denotaban que pocos minutos antes había pasado un torrente a través de sus lagrimales. Pero había algo más. Ángela tenía miedo. Me tenía miedo.

Recé la plegaria de liberación propuesta por el padre Gabriele Amorth, uno de los principales exorcistas del Vaticano:

Oh, Señor, tú eres grande, tú eres Dios, tú eres Padre, nosotros te rogamos, por la intercesión y con la ayuda de los arcángeles Miguel, Rafael y Gabriel, que nuestros hermanos y hermanas sean liberados del Maligno que los ha esclavizado.

Oh, santos, venid todos en nuestra ayuda.

De la angustia, la tristeza y las obsesiones, nosotros te rogamos: Líbranos, oh Señor.

Del odio, la fornicación y la envidia, nosotros te rogamos: Líbranos, oh Señor.

De los pensamientos de celos, de rabia y de muerte, nosotros te rogamos: Líbranos, oh Señor.

De todo pensamiento de suicidio y de aborto, nosotros te rogamos: Líbranos, oh Señor.

De toda forma de desorden en la sexualidad, nosotros te rogamos: Líbranos, oh Señor.

De la división de la familia, de toda amistad mala: Líbranos, oh Señor.

De toda forma de maleficio, de hechizo, de brujería y de cualquier mal oculto, nosotros te rogamos: Líbranos, oh Señor.

Oh, Señor, que dijiste “la paz os dejo, mi paz os doy”, por la intercesión de la Virgen María concédenos ser librados de toda maldición y gozar siempre de tu paz. Por Cristo Nuestro Señor. ¡Amén!

No tuve éxito: Ángela siguió tremolando, resistiéndose. Una ola de desánimo parecía apoderarse de mí, pero me volqué hacia la fe que tengo en la oración. Era lunes, por lo que Gerardo, mi ayudante de ese día de la semana, estaba cerca. Le pedí que me auxiliara porque, a pesar de que ninguna de las partes había manifestado en voz alta que el Maligno estaba allí presente, preví que podía cometer un ataque espantoso en cualquier momento. Según mi criterio, no había dudas: Ángela estaba poseída. Lo confirmaban su forma de hablar oscurecida y dislocada y sus actitudes. Pero esta segunda intervención tampoco rindió frutos.

Estaba fatigado. No podía seguir con la faena espiritual, así que decidí citarlos para una segunda visita. Pocos días después, reinicié el trabajo, con más precauciones que en la ocasión anterior. Esta vez, necesité de cuatro hombres, que la sostuvieron ni bien llegó. La decisión fue la correcta: apenas sintió que el cuerpo que habitaba estaba atrapado, el diablo soltó unas carcajadas que resonaron en la parroquia como los truenos de una tormenta tropical. El sonido salía de la boca de Ángela, pero claramente no correspondía a una garganta femenina. Ejecuté el exorcismo. A medida que avanzaba el ritual, se notaba que la paciente iba cediendo, que el bestial ataque remitía. Los ayudantes pudieron soltarla y no hubo ningún nuevo agravio.

Los días siguientes fueron tranquilos: el marido de Ángela me comentó que la notó recuperada y que no sentía ninguna aversión por objetos consagrados, como estampas y rosarios. También me ayudó a descubrir cómo había llegado el diablo al cuerpo de su esposa: por ensalmos fatídicos recitados por un brujo al que consultaba Olga, la madre de Ángela.

La paz duró relativamente poco: el hombre vuelve a solicitarme, un tiempo después, que atienda nuevamente a su mujer. Me preguntó si en esta nueva oportunidad podía venir con sus hijos. Me negué: es imposible prever qué

palabras dirá el diablo o que actitudes tomará durante el exorcismo. No podía exponer a los chicos a esa experiencia. Entonces, me propone venir con el concubino de Olga. El hombre quería que alguien más del núcleo familiar estuviera presente. Mi primera inclinación fue repetir el “no”, pero lamentablemente cambié de idea. Desde un plano más racional, estimé que si Olga había sido la victimaria, la presencia de su concubino durante la ceremonia podía ser útil. Me equivoqué.

El segundo exorcismo no parecía funcionar. No entendía qué sucedía: el mal había aflojado respecto de la primera vez. Comprendí, entonces, la astucia del diablo. El concubino de Olga, ex presidiario y dado al ejercicio de la magia negra, aportaba su cuerpo para que el diablo recuperase allí las fuerzas que yo le estaba quitando con el ritual. Decidí suspender la práctica y le rogué al marido de Ángela que viniera solo con su esposa a un tercer encuentro. Durante las semanas que transcurrieron hasta el tercer exorcismo, se repitieron los ataques después de la medianoche. Algunos llegaron a extenderse más de una hora. Ángela vomitaba y su marido se ocupaba de quemar el vómito, tal como se recomienda en estos casos. Luego, cuando ella necesitaba pasar cerca de las cenizas, se retorció en ampulosas convulsiones.

La pareja en paralelo había comenzado con las consultas psiquiátricas. El diagnóstico profesional: histeria de conversión muy grave, con trastorno de dependencia. Pero el marido duda en comenzar el tratamiento psiquiátrico. Su mujer demostró mejorías, ninguna definitiva, sin necesidad de medicarse. Prefiere aguardar el tercer exorcismo.

Decidimos realizar la última ceremonia en la Parroquia San Francisco, pero el diablo tenía preparada una treta adicional: cuando puse la llave en la cerradura de la capilla se quebró y dejó la puerta trabada. No iba a darme por vencido tan fácilmente: me trasladé hacia el Seminario y concluí mi trabajo.

Hoy la paciente está recuperada y su marido me agradece: me atribuye

poderes y asegura que recuperó a su esposa gracias al tercer exorcismo. Yo, siervo del Señor, humildemente, aclaro que tal vez fue el psiquiatra quien se la trajo de vuelta. Digo, para tranquilidad de mi conciencia, que la histérica se curó por persuasión.

II. Marina. Una personalidad trastornada

Mayo de 2003. El mes apenas comenzaba cuando apareció en mi parroquia una mujer desaforada, presa de crueles delirios. Se llamaba Marina y, a los treinta y cuatro años, venía de atravesar una separación. Tenía dos hijos y un diagnóstico psicológico: trastorno de personalidad. Creía haber sido abusada por su padre bajo el consentimiento materno.

De nuestras charlas deduje que, a diferencia de lo que la psicología había determinado, no era del todo falsa la existencia de un padre cruel que había cometido abusos. También era cierto que su mujer, por temor, le había dado la razón. Sólo que en este caso “abuso” no había sido sinónimo de “violación”. La joven había crecido en un ambiente de malos tratos, de palabras y gestos indecentes, de golpizas. Esta conducta desconsiderada del padre, frente a los ojos de la pequeña Marina, había desubicado a la criatura, la había hecho ingresar al camino de la vida en un plano total de infelicidad y desconfianza. La psiquis de la chica estaba desconcertada y, para defenderse, simuló una situación más grave que la vivida: la violación. Eso era, tal vez, el único elemento de fabulación en su historia.

Cuando Marina tenía treinta y cuatro años odiaba a su padre y desprecia a su madre. Sensaciones pesarasas que la llevaban, entre otras cosas, a concurrir a sesiones de tarot y a participar de fiestas orgiásticas. La primera vez que la vi, advertido por unos feligreses despavoridos que interrumpieron

mis actividades para avisarme lo que estaban presenciando, se estaba revolcando en el piso de la sala de espera de mi parroquia, gritando y maldiciendo a los cuatro vientos. “Se trata de una endemoniada”, pensé. “Es una pobre alma que sufre el ataque del Maligno.” No espero ni un segundo para entablar diálogo con el diablo. Improvisé.

—Tenés que irte al infierno y dejar en paz a esta muchacha —ordené.

—En el infierno ya estoy. Ahora vine a llevarme a esta prostituta conmigo —me respondió una voz cavernosa.

Recité de inmediato unas letanías contra el averno, en latín. La desesperación de mi oponente comenzó a quedar al descubierto. “Ustedes, los curas, hablan en latín y lo hablan mal”, me gritó. Estaba tratando de desviar el foco. “¿Querés que te hable en arameo?”, provocó. Y luego derramó una jerigonza insufrible e inteligible. “Si preferís, te puedo hablar el sánscrito”, propuso. Y continuó con un ronroneo estúpido.

El caso no se presentaba fácil. La mujer estaba enloquecida y despreciaba cualquier ayuda. Se manifestaba arrogante, altiva, autosuficiente. Era escurridiza y mis intenciones de rescatar su alma pervertida chocaban contra su negativa ante el potencial auxilio. Incluso, rechazaba la aproximación de sus familiares. No obstante, logramos comenzar con una sesión. Durante la primera, el demonio la embaucó con su hablar apabullante y tenebroso, y le hizo creer que uno de mis asistentes era su padre. No pude continuar hasta que no lo expulsamos del lugar. A la verborragia del invasor se sumaba la de la invadida, como si ambos fueran, en realidad, cómplices. Quienes participábamos de la ceremonia nos sentíamos desorientados, descentrados.

Luego sucedió lo que es habitual con este tipo de almas atormentadas: dejó de asistir a las sesiones de liberación. Muchas veces, ni siquiera sé cómo terminan estos dramas, pero en este caso particular, lamentablemente, sí: en 2010 supe que Marina está alojada de forma permanente en un

neuropsiquiátrico. Algo que la psicóloga que la atendía en 2003 había vaticinado como uno de sus destinos posibles.

III. Ignacio. El diablo bajo un nogal

Ignacio tenía quince años cuando llegó a la parroquia y una preocupación que no lo dejaba en paz y lo llenaba de terror: la posibilidad de haber contactado al diablo. Llegó con su madre y con su padre. Los tres formaban un grupo simpático y exudaban inocencia. Me llamó la atención la actitud física de los progenitores: se cerraban a ambos lados del muchacho con actitud protectora, decididos a combatir a quien fuera, incluso al agresor más terrible que pueda existir.

Me explicaron que vivían en una casa con un fondo en el que lucía el nogal. El chico, tal vez por diversión en un momento en el que se encontraba jugando con unos amigos, un “grupito audaz”, tal como él mismo lo definió, decidió invocar bajo la copa de este árbol al Maligno. De repente, sucedió algo que el joven, en su interior, no esperaba que pasase: el diablo se apareció. “Cuando está solo, va bajo el nogal y habla. Solo, claro”, dijo su padre, con el rostro desencajado de la preocupación.

—Me decís que el diablo se muestra... ¿Cómo es? ¿Podrías describírmelo?
—le pido.

—Es un hombre rubio, que está desnudo. Parece tener unos treinta años. Sus colmillos son extraordinarios. Y los exhibe —responde.

—¿Qué hace cuando aparece? ¿Te habla?

—Sí. Me dijo que dejara al Espíritu Santo, que es un debilucho, que me convenía seguirlo a él.

Supe con esa breve charla que todo terminaría bien. El joven había venido

por su propia voluntad, luego de conversar con unos fieles de la parroquia, porque quería transitar el camino de la salvación. Como no había posesión, simplemente le recomendé evitar la sombra del nogal. Y, fundamentalmente, dejar de invocar al diablo. Los tres se fueron tranquilos.

IV. Enrique. La serpiente humana

Éste es uno de los casos en los que, lamentablemente, mi aporte no alcanzó para liberar el alma del paciente y del que, además, no volví a saber nada desde que dejó la parroquia. Sin embargo, no puedo quitármelo de la mente ni borrarlo de mi memoria: todavía soy capaz de ver a Enrique reptando, con la velocidad y los movimientos propios de los ápodos, hacia la vereda.

El verano recién se iniciaba en La Plata. La llegada de esas tres personas desde Buenos Aires, dos hombres y una mujer, no parecía destinada a alterar mi jornada. De hecho, por mi actividad estoy acostumbrado a recibir gente desesperada, con el alma fustigada por el Maligno. A simple vista, parecía una visita ordinaria. Una más. No habían solicitado una cita previa, por lo que no podía atenderlos. Era el primer jueves del mes y mi obligación era officiar misa en la Catedral. Los cité para un nuevo encuentro.

En esta segunda visita, Enrique se quedó en la sala de espera de la Parroquia San José y yo pasé con Lelia, su esposa, y con su cuñado, el otro hombre que se había hecho presente, a mi despacho, para que tomaran un té y me contaran los detalles que habían motivado el viaje. El cuñado contó que Enrique había alquilado una de sus propiedades, un departamento, a unos personajes que formaban parte de una secta gnóstica. El trato comercial fue virando a una charla personal y, antes de despedirse, Enrique quedó invitado a afiliarse al grupo herético. Desde el momento en que participó de uno de los

encuentros, se había sentido muy extraño. A esta narración siguió otra de Lelia, un detalle pormenorizado de las penas familiares que se habían sucedido desde la transformación de su marido.

Su relato fue interrumpido por un hecho que asustó tanto a los feligreses presentes, que irrumpieron en la sala para advertirme lo que estaba sucediendo. Enrique estaba tirado en el piso, gesticulando y maldiciendo, en una actitud verdaderamente espantosa. Salgo corriendo y constato el horror: lo que yo había reconocido como un ser humano un rato antes estaba casi transfigurándose en un animal reptante.

Comienzo a leer el ritual, vestido de sotana y sin la simbología habitual para estos casos. El endemoniado me agarró de las piernas, me hizo perder el equilibrio y caer encima de su cuerpo. Estar acostado todo a lo largo encima suyo no impidió que yo prosiguiera con la lectura. El cuñado me ayudó a levantarme. Todos los presentes rezaban mientras que Enrique, convertido en una serpiente con forma humana, pedía a los gritos que abandonáramos nuestras oraciones. Alguien intentó ayudarlo y él se negó. Salió reptando por la puerta del recibidor de la parroquia. Desde el momento que se alejó de mi vista, nunca volví a saber nada de él.

V. Rodrigo. Guiado por el rostro de una monja

Sonó el teléfono de la parroquia. El llamado provenía de Santiago del Estero. Pero el problema se encontraba mucho más cerca de La Plata: en el barrio porteño de Puerto Madero. Rodrigo había llegado a trabajar como obrero de la construcción en el creciente sector portuario de la ciudad de Buenos Aires. Era enero de 2008 y, rápidamente, trabó amistad con un grupo de sus compañeros, con los que almorzaba todos los mediodías. En esas

charlas informales, uno de ellos, Osvaldo, comentó que concurría a reuniones satánicas. Los días pasaron y la amistad se convirtió en atracción, sólo que unilateral: Osvaldo se insinuó sexualmente a Rodrigo, pero éste lo rechazó. Desde ese momento, el joven satanista adquirió una conducta huraña, en un principio, y vengativa después, ya que logró embrujar a Rodrigo, cuya vida se convirtió en una agitación espantosa, con estertores y disipación.

Buscó ayuda, no estaba decidido a entregarse. Llamó a un primo de confianza en Santiago del Estero y le contó la historia. Este joven recorrió Internet en busca de una solución y dio con mi nombre. Era él quien me acababa de contar toda esta historia.

El contacto dio sus frutos: Rodrigo se hizo presente en la parroquia, prácticamente rodeado por cinco primos suyos, todos varones, que se ocuparon de sostenerlo en los momentos de desenfreno durante la ceremonia, que se caracterizó porque el demonio que lo habitaba estaba con su locuacidad a flor de piel.

—Vas a tener que irte, diablillo —lo provoqué.

—Yo no soy un diablillo... Tu Dios no existe —respondió con otra provocación.

—Así que no existe... ¿Entonces quién te mandó al infierno? —Esta nueva pregunta fue seguida de un paréntesis en el que imperó el silencio.

—Dios me ha abandonado —respondió luego, con un aire melancólico.

—¡No! Vos lo abandonaste a Él.

Rodrigo insistía en tocarme el pie, pero consideré que era con intenciones de hacer daño, así que no lo permití. Seguí ejecutando la liberación y sentía cómo, minuto a minuto, el diablo se iba debilitando.

—¿Podemos negociar? —solicitó, ya en plena decadencia.

—Tenés que irte. No hay negociación posible —ultimé.

La ceremonia me causó una fatiga profunda, pero culminó con éxito:

Cristo venció al Dueño de las Sombras, al Señor de las Tinieblas. Al día siguiente, un Rodrigo liberado se acercó a agradecerme.

—Yo a usted ya lo conocía, ¿sabe? —me dijo, mientras nos estrechábamos la mano.

—¿Me viste en televisión? —le pregunté.

—No. Una monja muy anciana se me aparecía en sueños, me mostraba su imagen y me decía: “Ese Padre te va a ayudar”.

VI. Francisco. Un lobo en Olmos

Los que caminaban por la zona rural de la localidad de Olmos, en la provincia de Buenos Aires, en esa época, podían pensar que en la pequeña y rústica casa de ladrillos, a medio construir o a medio destruir, vivía un lobo. Los aullidos erizaban el alma del vecindario, que se alejaba del sitio temeroso de las potenciales agresiones que podía emanar la bestia que profería esos sonidos.

La historia empezó en un pueblo de una provincia del interior de Argentina. Allí, un hombre malo se aproximó a Francisco, entonces un jovencito, y le ofreció riqueza y placeres. Todo a su disposición, no tenía que trabajar ni hacer ningún esfuerzo para conseguirlo. ¿Qué debía hacer a cambio de tan fabuloso tesoro? Poca cosa, casi nada. Solamente, comenzar a formar parte de una cofradía. Francisco aceptó casi con los ojos cerrados, seguro de que jamás se arrepentiría de semejante oferta.

Ya en la primera reunión del grupo, detectó que se practicaba la magia negra. Pero eso no hizo que se apartase. Siguió concurriendo, convencido de que la riqueza y los placeres debían durarle para siempre. Pero llegó el momento en que las cosas se hicieron más difíciles. Durante uno de los

encuentros, el 9 de noviembre de 1985, el diablo lo citó en el lugar del sacrificio. Cuando Francisco llegó, su “socio” le enumeró su nueva exigencia: “Es la hora de demostrar qué tan fiel me sos, tenés que ofrecerme en sacrificio a un ser humano, un miembro de tu familia”. La respuesta del joven no fue, seguramente, la que el Maligno esperaba: “No”.

Esta rebelión fue el preámbulo de la posesión. El diablo penetró en su cuerpo y lo desequilibró hasta el delirio. El joven regresó a su casa, en la que vivía con una de sus abuelas, pero ya no era el mismo. Un fogonazo estallaba en sus entrañas. Sus parientes no dudaron. Lo llevaron a una consulta médica y luego a una psiquiátrica, pero los profesionales no encontraban ningún elemento pernicioso que pudiera justificar su conducta. La mamá de Francisco vivía en ese momento en Olmos, donde trabajaba, y apenas se enteró de la desdicha de su hijo, pidió que viajara con ella. Desde que lo recibió, la mujer trazó un recorrido infatigable por los consultorios de los mejores especialistas. El diagnóstico se repetía hasta el cansancio: nada.

El demonio posee a su víctima con intermitencias, a fin de no desgastarlo y poder tener ese cuerpo y esa alma que, estando enfermos, no le servirían. Esto explica los momentos de lucidez que suelen tener los endemoniados. Son, simplemente, recreos que les permite el cruel amo. En el caso de Francisco, los lapsos pacíficos eran cada vez menos frecuentes.

El Padre Folgueras, párroco de Olmos, se comunicó conmigo para contarme que el Padre Sagrera ya se había decidido a practicar un exorcismo y que requería mi presencia durante el acto. Debido a las características del doliente, que manifestaba una fuerza sobrehumana, se decidió que hubiera un grupo nutrido de asistentes, para poder sostenerlo (incluso, se llegó a necesitar atarlo y hasta encadenarlo), y yo particularmente invité al doctor Julio César Scaglia, un catedrático de la Universidad de La Plata que deseaba presenciar un exorcismo y que, en este caso en especial, podía ser de utilidad

para auxiliar a cualquiera de los participantes que pudiera descompensarse.

De camino a la casa de ladrillos, ya era posible apreciar los aullidos que atemorizaban a todos los vecinos. Para incrementar el pánico, cada persona con la que me cruzaba tenía una historia para contar: o había visto a Francisco salir de su casa, arrastrándose, masticando vidrios, rompiendo rosarios y tragándoselos, destruyendo una imagen de Jesús que había arrancado de un crucifijo, destruyendo ventanas y partes de madera de la casa... Incluso, se oyeron gritos en los cuales el endemoniado aseguraba que en cualquier momento mataría a su madre. Algunos otros llegaron a vislumbrarlo en alguno de sus escasos momentos de lucidez: era un joven abatido y acongojado, que ignoraba por completo lo que había hecho durante la posesión. Todos los habitantes del barrio, de extracción humilde, afirmaban que ya no pasaban ni cerca de la puerta de la casa de Francisco y muy pocos aseguraban haber trabado algún tipo de diálogo con él. “Cada vez que se le mencionaban sus actividades en pleno estado maléfico, pedía que lo dejáramos atado”, recuerda uno de los apacibles habitantes de la zona. Lo más cerca que un olmeño estuvo del diablo fue esa noche en la que un borracho ingresó al triste habitáculo, favorecido porque en uno de sus arranques de ira el endemoniado había arrancado la puerta de cuajo. Pero ni bien dio algunos pasos dentro de la casa, apareció un Francisco desfigurado y, a puro aullido, lo tomó del cuello. Cerca estuvo de estrangularlo.

Cuando llegué a su lado, llevaba mi crucifijo en la mano. Lo encontré boca abajo y, de inmediato, hice la señal de la cruz. Su primera reacción fue intentar el escape. Primero, se puso en cuatro patas y salió a puro impulso hasta la puerta. Pero como ésta había sido bendecida por el párroco, estaba impedido de atravesarla. Debió retroceder. Gruñía. Luego, intentó romper una cortina de madera. Finalmente, saltó por la ventana del fondo, rota como casi toda la casa, y desapareció en la maraña del campo. No nos quedó otra

alternativa que suspender la ceremonia y esperar una nueva oportunidad. Si bien yo tenía fe en que podía dominar al Maligno, me sentía algo débil. Tal vez a causa del espantoso ejercicio dialogado con la serpiente antigua. La imaginé enroscada en un árbol o agazapada en el interior de la casa triste, en actitud de caza. No es raro que el diablo libere por un instante efímero a su víctima para, desde afuera, asestarle un último y terminal golpe.

Trataba de apaciguar todas estas cavilaciones con el rezo, pero también sentí la necesidad de almorzar y de descansar unos minutos. El tiempo parecía jugar en mi contra: con cada nuevo segundo transcurrido, el temor de perder un alma se acrecentaba. Decidí tomar una colación ligera. Sentado en la mesa, llega la noticia de que el joven había sido capturado y conducido, en un vehículo, a la Iglesia San Cayetano, parroquia del Padre Sagrera. Habían sido necesarias veinticinco personas para trasladar a la bestia enfurecida, entre ellas un médico, un ingeniero, un policía, los curas que estaban participando de la ceremonia original...

Llegué hasta el lugar para comenzar por segunda vez el ejercicio. Allí, me encontré que se habían hecho presentes unos tíos pentecostales de la víctima. Habían llevado primero a Francisco a su templo, pero allí éste sólo rió y dijo: “Acá puedo entrar, porque Jesús no está”. El primer paso fue tratar de ungir su frente, pero la resistencia era absoluta. El odio que despedía la bestia era sólo comparable con el aliento fétido que expelía. Se retorció ante la sola visión de un objeto sagrado, un retorcimiento de serpiente, que dejaba entrever que la posesión era cada vez más horrenda, más furiosa. El endemoniado nos incendiaba con miradas torvas y nos dirigía palabras insultantes, soeces. De vez en cuando, miraba su entorno y su bravura disminuía por la multitud de ayudantes, las luces y las preces, esos cánticos propios de los períodos de penitencia.

Pudimos tirarlo al piso, encima de una frazada. Cayó boca abajo. Entre

todos logramos darlo vuelta. Lo sosteníamos con tesón. No sólo por nuestra seguridad, también por la de Francisco: temíamos que se lastimara con alguno de esos movimientos electrizantes, convulsivos, que hacía dentro de una especie de círculo mágico.

Rezos y aspersiones. Vocablos secretos sólo permitidos a los exorcistas clamaban socorro al Altísimo y desvencijaban la anciana estructura del mal de todos los males. El desdichado se aquietó y lo sentamos en una silla de la iglesia. Él, humildemente, rogó que lo soltáramos. Ya liberado, pidió que lo acercáramos al altar, donde besó los pies del Crucificado. Debimos cargarlo en andas.

Francisco salió a la calle con toda tranquilidad como si no hubiera ocurrido nada. Desde entonces, lleva una vida normal.

VII. Osvaldo. El diablo maneja la memoria del poseído

Hace varios años, me tocó tratar un caso que se caracterizaba por una peculiaridad: el poseído estaba imposibilitado de recordar elementos imprescindibles para la realización del exorcismo. Osvaldo, el suplicante, tenía alrededor de cuarenta años y un aire aturdido. Sólo me quedó una conclusión posible: el diablo estaba accionando sobre su memoria.

La entrevista fue casi vana. La mayoría de las preguntas que yo efectuaba volvían sin respuesta alguna. Insistí con paciencia, porque entendí con quién estaba dialogando. Mis dardos apuntaban hacia el contenido, Satanás, que me esquivaba por todos los medios posibles. Logró su cometido: no pude auxiliar a Osvaldo, se me escurrió como la arena entre los dedos.

En esos interludios que el diablo permite a los poseídos, Osvaldo llegó a

narrar algunos aspectos de su vida. Me contó que asistía regularmente a clases de karate, en un gimnasio, actividad que realizó durante dos años. Recordó que en algún momento, su profesor hizo alguna mención a que se dedicaba a la brujería, pero él no prestó mayor atención a lo que consideró, en ese momento, un exabrupto verbal. Su único interés era el aprendizaje del arte marcial. La relación con este profesor siguió sobre rieles y, avanzado el curso, le solicitó una foto a Osvaldo. “Quiero conservar un recuerdo de uno de los mejores alumnos que he tenido”, jugó con su vanidad. Osvaldo accedió.

Al día siguiente, la realidad comienza a desdibujarse. El profesor llega con una cajita cerrada herméticamente y se la entrega a Osvaldo. No hubo necesidad de explicaciones: ambos sabían que el contenido del envase era la foto entregada apenas 24 horas antes.

—Tenés que enterrarla entre los árboles que están en la parcela de enfrente —conminó el docente.

—¿Por qué no la entierra usted? —intervino el alumno, contrariado.

—Porque es imprescindible que lo haga el fotografiado —fue la respuesta.

Osvaldo, obediente, obró tal como le encomendaron. Esta historia me hizo detectar que el profesor, cuyo comportamiento es más que extraño en todo momento, también era un títere del Maligno.

Con el paso de los días, Osvaldo comenzó un evidente proceso de deterioro. Se lo notaba físicamente desmejorado, al mismo tiempo que flaqueaba su dedicación al trabajo. Por esos días, era cajero en un banco y el sueldo que le ingresaba por esa actividad le permitía sostener a su familia.

—La clave del grave daño que está sufriendo está encerrada en la cajita hermética que usted mismo enterró por consejo del profesor de karate —le dije—. Vaya a desenterrar esa cajita hermética.

—¡Es que no puedo recordar el sitio en el que la enterré! —casi gimoteó

luego de escuchar mi consejo.

—Utilicemos algunas herramientas para estimular la memoria. Usted me dijo que la enterró en la parcela de enfrente al gimnasio. Alcanzará con recordar la ubicación del gimnasio...

—¡No puedo! ¡No puedo recordarla!

Satanás no quería abandonar esa alma. Lamentablemente, esta charla que acabo de transcribir fue la última que mantuve con Osvaldo. Esta historia de la cajita hermética parece un cuento de niños, de esos que dibujan una sonrisa en los rostros escépticos. Sin embargo, no puedo opinar, porque no pude continuar con el caso hasta el final. Sí puedo establecer algunas observaciones respecto del comportamiento de esta persona. ¿Por qué había asistido a mí? ¿Había llegado, tal vez, al límite de su malestar y esta pequeña reunión le trajo un poco de alivio? ¿Aprovechó uno de esos paréntesis que el Maligno otorga a sus presas y vino por propia voluntad, pero luego, disminuido física y psíquicamente, volvió al estado de posesión y quedó interrumpida la posibilidad de que regrese a mis sesiones? En caso de que esta última premisa sea válida, si en verdad sigue poseído y no se atreve a desobedecer al amo, sólo le queda un futuro en caída libre.

¿Y la cajita? En mi posición de exorcista tengo la obligación de recibir y atender a todos lo que me reclaman, por más estafalarias que resulten sus historias. Debo ser criterioso y nunca desprevenido. El diablo es dueño de una enorme sabiduría del mal y tiene la capacidad de enturbiar cualquier agua, por pura que sea, excepto el agua bendita, que cuando lo salpica lo hace chisporrotear y quejarse, porque no tiene el poder de invalidar la fuerza del Señor. Este ser de saber pervertido es un gran tramposo, absolutamente hábil para disfrazar un hecho dramático en una fantasía infantil, como la cajita hermética, una narración que, por su inocencia, motiva la burla de los agnósticos y los lleva a bajar la guardia.

Tal vez el karateca fue embestido por la bestia y cayó. Luego, se levantó sin percibir el peligro de una segunda embestida fatal. El siniestro señor de la oscuridad sabe cómo embestir.

VIII. Lisa. Una columna vertebral de cartílagos

Lisa tiene veintisiete años, es de clase media y toda su apariencia era normal cuando me visitó por primera vez. A excepción de que estaba habitada por el diablo, claro. Todo comenzó con un ataque furioso, un descontrol absoluto. Luego, esos arranques se repitieron. Su mamá, durante los accesos, se dedicaba a rezar y a tratar de consolarla. Lisa estaba molesta, angustiada. No encontraba las palabras para definir las exóticas sensaciones que la invadían. Pero podía determinar que “eso” que la había dejado en ese estado ocupaba un lugar en su cuerpo, que le producía repugnancia y que, al mismo tiempo, la asustaba.

—Quiero deshacerme de esta presencia —me rogó.

—¿Aceptás que pronuncie una oración de liberación? —propuse.

—Sí —imploró.

Fui a buscar el libro del Padre Amorth. Abrí en la página donde está la plegaria de liberación, comienzo a pronunciarla y, apenas dije las primeras palabras, Lisa se descompuso. Su cuerpo quedó convertido en un arco perfecto hacia atrás. La columna vertebral estaba doblada, como si estuviera compuesta sólo por delicados cartílagos. La cabeza pendía, escupiendo todo tipo de maldiciones.

Seis asistentes, todos fornidos, se aproximaron para contenerla. Pero de repente, esa chica de apariencia frágil, demostró una fuerza y un potencial físico extraordinarios. Si me quedaba alguna duda hasta ese momento, porque

confieso que sospeché que podía tratarse de una paciente con dificultades neurológicas, se esclarecieron durante ese forcejeo imposible de seis fuertes contra un supuesto débil, del que este último estaba saliendo ganador. Ya no sentía que estaba frente a Lisa. Comprendí que estaba combatiendo al diablo en toda su horripilante voracidad. Lisa contenía a Satanás en la piel de su alma y lo manifestaba en la piel de su cuerpo.

Mis seis ayudantes la sofrenan, como pueden, contra el piso. Busco rápidamente el Ritual Romano. De la sala contigua, la que utilizo habitualmente para que las personas que vienen a verme esperen su turno de ser atendidas, emerge un murmullo creciente. Entiendo que se entremezclan los rezos con las señales de incredulidad ante el prodigio que se estaba viviendo. Asumo que ninguno logra captar en su verdadera magnitud lo hondo de la gravedad del caso.

En ese mismo recinto de espera aguardaba su momento la doctora Fátima Dupuy. Le solicito que se aproxime a colaborar, que controle, a partir de sus conocimientos médicos, los signos vitales de Lisa. Acusa una taquicardia de 90 pulsaciones.

Granizan los insultos y las palabras soeces. La lucha contra el diablo se hace dura, encarnizada. Los nervios se apoderan de los asistentes. Javier, un amigo que había acompañado a Lisa, teme por su bienestar y se ofrece a llamar a la familia, primero, y al 911, el de la policía, después. La doctora sufre una baja de presión y debe ser retirada de la sala por su esposo, que se encontraba en la habitación adjunta, aguardando junto a ella. Cuando parecía que el desastre había llegado para instalarse, reinó la calma. Fue de repente. El enemigo atroz había cedido. Lisa podía regresar a su mundo, a su trabajo de enfermera y a su familia.

Este caso, tan fervorosamente expuesto por ella en cuerpo y alma, y tan sufrido por todos nosotros, sus asistentes que no sólo nos esforzamos sino

que compartimos su dolor, me llevó a reflexionar acerca del vallado de Dios. ¿Cuáles son los límites que el Altísimo pone en torno a sus fieles para impedir o dificultar la posesión diabólica, para trabar el salto del Malo? Creo que Lisa es una buena católica. Me preguntó, entonces, cómo habrá hecho el diablo para cautivarla, cómo habrá aprovechado, con creces, algún descuido oportuno.

También me respondo: el diablo es el mejor testigo de la existencia del Creador. En el caso de Lisa, puso a prueba en cuanto a mi saber y entrega a mi comportamiento y ejercicio de exorcista. Lisa fue el medio. Finalmente, nos proveyó del milagro de una liberación espectacular, a la vista de todo un auditorio que puede dar fe de lo que vio.

En la Sagrada Biblia, en el Libro de Job, según el bello relato, tenemos a un hombre generoso y bondadoso, que respetaba todas las reglas tanto religiosas como civiles y al que Dios concedía los caminos allanados de dificultades y cuantiosos bienes. Avizorado el diablo del tema, dice al Altísimo que Job lo respeta sólo por las bienaventuranzas que Él le provee.

El Señor, para demostrar al enemigo que Job lo respeta no por mero interés, da vuelta la tabla de los buenos valores y lo enfrenta con la tabla de los desvalores: pérdida de sus riquezas, miseria, plagas, enfermedades en carne propia y, por cada golpe, Job lo bendice y reza con mayor asiduidad.

La paciencia es gran virtud.

IX. Eugenia. Un film en la parroquia

El exorcismo de Emily Rose es una película filmada en 2005, dirigida por Scott Derrickson e interpretada por Laura Linney, Tom Wilkinson y Jennifer Carpenter, que mostró al mundo que no sólo existe lo que vemos, sino que

hay extraordinarias entidades ocultas, crueles y posesivas. Cuando vi entrar a Eugenia por primera vez, pensé en Emily Rose.

Tal era su evidente estado fuera de lo natural y cotidiano, que una de las más altas autoridades eclesiásticas decidió enviármela. La primera reacción de Eugenia frente a mí fue tratar de contenerse. Como los boxeadores durante los primeros minutos de una pelea, que aprovechan para estudiarse y medirse, utilicé estos instantes iniciales para observarla: vestía un atuendo de primera marca y muy a la moda, tenía buenas maneras y se la veía dispuesta a responder preguntas alusivas a su situación.

Venía acompañada de un sacerdote, un padre espiritual que la asistía y que había advertido ciertas rarezas durante la celebración pascual y las bendiciones. En ambas ocasiones, Eugenia había demostrado frialdad y desencanto. Ese religioso le administró el bautismo y fue llevándola, paso a paso, por una senda cristiana que al principio respondió a su finalidad y de pronto cedió. La muchacha volvió a las andadas diabólicas: vociferar y desaforarse hasta dar miedo.

Una exploración a su historia mostraba que Eugenia había sido abusada, desde su infancia, por los hombres de su familia, como su padre y sus tíos. Esto se realizaba en el marco de un rito religioso africanista, en presencia de distintas mujeres, desde su madre hasta algunas vecinas. Sus dos hermanas fueron víctimas de las mismas prácticas. Una de ellas, huyó de su casa y se suicidó. Eugenia estuvo a punto de repetir la historia y de quitarse la vida. Pero prefirió consultar a un cura. Ese mismo que estaba con ella frente al exorcista.

—Los martes y los viernes, al anochecer, se reunían en mi casa algunos parientes muy cercanos y varios africanistas. Cubrían la mesa con una manta color obispo y ubicaban sobre ella a una persona elegida, que sería la oferta para los dioses del averno —contó.

—¿Cómo se llamaban esos dioses?

—Le ruego que no me pregunte sus nombres —respondió, temerosa.

Le hago señas para que continúe, respetando su decisión de silencio. La historia sólo tiende a empeorar. Eugenia era atada de pies y manos a unas agarraderas de la mesa y luego desnudada. Los hombres la usaban sexualmente hasta que perdía el conocimiento. Despertaba un tiempo incierto después, entre la sombra de la habitación. Se encontraba sola, sin ropas.

Una vez quedó embarazada. A los cuatro meses perdió el feto. El aborto, en apariencia, no significaba sino un accidente de los numerosos que ocurren durante la gestación. O un “accidente”, debo decir, porque desde el tercer mes de gestación había sido golpeada. Su caso no fue el único: a todas las jóvenes que quedaron en su condición las forzaron a perder el feto cuando ya estaba maduro, formado. Entonces, realizaban fiestas alumbradas con gruesas velas, perfumes exóticos y danzas, durante las cuales devoraban el producto de tal victimización inhumana.

Eugenia hablaba como entre sueños. Su actitud física acompañaba la tristeza del relato. Estaba impulsada por una íntima necesidad de comunicarse con esa luz que le fue negada desde su primera edad, pero al mismo tiempo sentía horror de ser descubierta por los asistentes al culto, que la matasen. Asegura que este miedo no es pura paranoia: algunas jóvenes que participaban de los encuentros fueron dadas por desaparecidas, incluso hubo un par que fue mencionado en los medios de comunicación. Ella cree, está segura, de que fueron asesinadas.

Simulaba estar dormida, en un estado como de hipnosis. Pero era víctima de fatiga mental y esa suerte de falsa vigilia era para ella una defensa. Cuando tomó conciencia de lo que acababa de confesar, se arrojó al suelo. Comenzó a retorcerse y a maldecir. A mí, a mis asistentes. Ni su sacerdote, fiel y dedicado, se salvó de las imprecaciones. Sus gritos espasmódicos se

oían desde la sala de espera de la parroquia y la gente allí, expectante, rezaba en voz bien alta.

Las oraciones y el crucifijo la enfurecían. Nos insultaba con los vocablos más insufribles, bufaba como un animal feroz. De nuevo recordé el film sobre Emily Rose, la escena de la cruz y la bestia. Parecía una copia. Aunque Eugenia no era una actriz y, en ese estado, estaba incapacitada para imitar a una estrella de Hollywood. Era su terrible realidad.

“Saquen de aquí esto que tiene olor a excremento y a orina concentrada”, gritó ante la visión de la Santa Cruz. Y escupió. Y vociferó. Y se arrojó al piso. Y se levantó con la verticalidad de una serpiente. “Cómo transfigura el Maligno a una buena chica de barrio”, pensé en ese momento. Sus ojos mostraban el fulgor propio de los endemoniados. Porque los ojos de un poseído no son ni más ni menos que las ventanas por las que mira el diablo.

Furia y descontrol. La posesión era tan poderosa que, en un momento, Eugenia, o el demonio que la habitaba, exigió que le diéramos paco, la droga más peligrosa, la que destroza la voluntad de muchos jóvenes en la actualidad.

La lucha continuó hasta que la serpiente se rindió, horizontal, en el piso. Todos los asistentes quedamos debilitados cuando concluimos el trabajo. Supongo que Eugenia ya está curada. Se fue tranquila. No he vuelto a saber más de ella. Me puse a disposición, por si acaso, y no me ha llamado. Tengo la sensación de que está recuperada.

X. Ramiro. ¿Endemoniado o simulador?

El comienzo del otoño convierte La Plata en un sitio especialmente hermoso. Los tilos, árboles significativos de la ciudad, comienzan a

deshojarse ni bien despunta el mes de junio y semejan reseñas trazadas por un dibujante habilidoso. Aproveché esa mañana tan bella para caminar por los senderos del Parque Saavedra, vecino a la Iglesia de San Francisco. En mis pensamientos, rogaba al Señor que ese paisaje tan sereno no fuera el preámbulo de relatos endemoniados, transportados por mis parroquianos. “Apiádate de mi alma y permíteme continuar caminando unos senderos íntimos, tan bellos como estos que estoy andando con mis pies terrenales”. La aparición de algunas pocas nubes es el anuncio de que el tiempo está a punto de desmejorar...

La visión de la fachada gris de la Iglesia de San Francisco, con su aire silvestre y su ambiente suburbano, me devuelve a la cotidianidad. La veo asequible al desvalido de espíritu, al temeroso de un espacio solemne. Llego hasta el umbral del templo y percibo la presencia de San Francisco, el santo de Asís que decidió siendo muy joven cambiar sus lujosos atuendos por los harapos de un leproso que le había salido al paso y que, con el tiempo, se convirtió en la vestimenta característica de los franciscanos. Siento que estoy a punto de enfrentar un martes complejo. De pronto, debo dejar a un lado las imágenes de los preciosos paisajes que me habían acompañado y me veo obligado a abandonar la presencia sutil de Francisco de Asís. Una realidad cruel estaba esperándome.

Son las ocho de la mañana. Juan José, uno de mis ayudantes, espera con su automóvil. Está presto a darle marcha de ser necesario, para llevarme lo más rápido posible a un sitio cualquiera que requiera de mi presencia. En esta actividad, nunca se sabe de antemano qué es lo que va a ocurrir ni dónde va uno a ser solicitado. Sobre la vereda, un grupo de personas de expresión extraña. Ni bien me divisan, se inquietan.

Ramiro tiene dieciocho años. Es fornido, me observa con desgano y manifiesta un molesto aire sobrador. No parece formal ni respetuoso. A sus

costados, sus papás, que habían decidido acompañarlo. Su rostro se me hizo familiar. Recuerdo que había estado allí mismo, días atrás, y que había confesado una asistencia a un círculo que practicaba magia negra con un único objetivo: “Tener más plata”. El matrimonio alivianó en aquella oportunidad la historia, tal vez para mejorar la imagen de su hijo. “Buscaba trabajo para su papá desocupado”, justificaron mamá y papá. Entramos en el templo enseguida. Lo acostamos encima de una manta y atravesamos la ceremonia completa del exorcismo. Al cabo del ritual, la posesión parecía haber cedido, dando lugar a un tiempo de paz y serenidad espiritual: Ramiro se levantó dando claras señales de alivio.

Los padres se deshicieron en palabras de agradecimiento y prometieron seguir con sus costumbres piadosas. Incluso, dijeron, pensaban incorporar disposiciones renovadas específicas para Ramiro.

Esa no fue la única vez que vi a este joven. Tiempo más tarde, regresó un día al templo con una evidente hiperactividad. A tal punto había llegado su ataque de ansiedad, que no pudo resignarse a esperar su turno, como todos los otros pacientes de la parroquia. Cuando lo atendí, me contó que estaba bajo el control de un psiquiatra. Recordé que había sido una de mis recomendaciones en su visita anterior. Incluso le había aconsejado realizar una consulta con un especialista de Buenos Aires. Ese médico me llamó luego para preguntarme si Ramiro o su madre ya se habían disculpado. ¿Por qué debían hacerlo? Por la falta de conducta que habían tenido durante el “supuesto” episodio de posesión. “Ramiro es un simulador, un adicto a las películas de terror que se siente actor de teatro”, me dijo el profesional. Luego de nuestra última entrevista, Ramiro abandonó su casa y decidió internarse por su cuenta en una colonia de jóvenes sin familia.

XI. Goldmundo. El bajista del Bajísimo

El martes en que practiqué el exorcismo a Ramiro fue uno de los días más extenuantes que experimenté hasta hoy. Esa misma jornada, ya con el crepúsculo asomando, apareció un segundo caso, todavía más difícil que el anterior. Goldmundo llegó desde Lomas de Zamora, acompañado de seis personas de su familia. Una escolta atribulada por la preocupación.

El joven pertenecía a un grupo musical de su barrio, especializado en cuartetos. Enfrente de su casa vivía un muchacho afecto a la magia negra. Ambos chicos comenzaron a establecer charlas frecuentes, a través de las cuales Goldmundo fue mostrando un interés creciente por el universo de la brujería.

Para su cumpleaños número diecisiete, el músico en ciernes recibe el regalo soñado por parte de su papá: un bajo eléctrico. La alegría y el entusiasmo que lo invaden son equiparables a la envidia que este presente despierta en su vecino, ávido de tener un instrumento similar (o al menos un objeto que le generara tanta emoción), pero impedido de alcanzarlo porque su familia sufría privaciones económicas.

La llegada del bajo eléctrico coincide con el inicio de los pesares para Goldmundo. Una serie de episodios sórdidos lo desesperan y para él no quedan dudas: su vecino es el promotor. Goldmundo relata las peripecias que fue atravesando desde entonces. Su narración exhibe un fervor creciente, cercano a la desesperación. Recuerda que velaron la puerta de su casa con velas negras, que le dejaron tierra y bultos con arena, que encontró una foto suya pinchada, que en su habitación se repiten hasta el cansancio los ruidos raros... “Mi vida es una tortura”, exclama. Lleva ocho meses así. Pero su capacidad de sorprenderse no se ve agotada, porque siempre aparecen nuevos incordios. El último fue, tal vez, el más repugnante: halló excremento

humano bajo su cama. “¿Cómo puede ser? ¿Cómo se hace para defecar allí?”, consulté. Aquí, el chico bifurca las versiones. Por un lado, dice que no lo sabe, pero que se siente poseído desde el mismo instante en que limpió la suciedad. Por el otro, afirma que vio a su otrora amigo, bajo su cama, ensuciando el piso.

¿Cómo descubrió que estaba poseído? Porque los síntomas, según sus propias palabras, eran más que claros. La primera vez se desmayó y, cuando reaccionó, estaba preso de una ira descontrolada. Gritaba, insultaba, golpeaba y rompía todo lo que encontraba a su paso. Luego de un tiempo, volvió a ocurrirle un episodio similar. Pasados los días, lo que al principio había sido algo esporádico, se convirtió en asiduo. Su familia y sus amigos comenzaron a temerle y hasta tomaron la decisión, cada vez que ocurre un desmayo, de atarle las manos con sogas, para evitar que se dañe a sí mismo o que lastime a otros.

Las últimas semanas antes de la consulta habían sido feroces. Además de los arranques de violencia, comenzó a alucinar hechos que después ocurrían. Imaginación de anticipación. Vive aterrado por eso, porque cree haber adquirido poderes mágicos que no desea. Por ejemplo, llegó a advertir a unos amigos que no se fueran de viaje, porque iban a sufrir un accidente. Ellos lo escucharon y salvaron sus vidas, porque todo ocurrió de acuerdo a cómo el bajista endemoniado lo había predicho. Sus videncias, sin embargo, lo volvieron aún más solitario. Sus amigos le temen a este poder. “¿Asistís a misa?”, le pregunto. “Sí”, responde sin dudar. Sin embargo, no pude dejar de preguntarme si era cierto lo que me acababa de decir.

Su padre, carpintero de buena reputación en Lomas de Zamora, me mira con ojos suplicantes. En los últimos tiempos debió descuidar sus obligaciones laborales para incrementar el cuidado de su hijo. Para traerlo hasta aquí, acondicionó su camioneta: extendió una colchoneta, colocó una almohada y

armó una especie de camilla para dar un poco de confort a su sufriente hijo.

Estoy resuelto a actuar. Veo a sus seis acompañantes a través de la puerta de vidrio de la parroquia con rostros firmes, seguros de querer acompañarme en esta cruzada. Pongo mi atención en Goldmundo. Viste una campera con capucha y zapatillas deportivas de última moda. En sus rasgos agotados se entrevé la inusitada violencia que experimentó la noche del lunes. “Ojalá haya sido la andanada de despedida de esa negra posesión”, pienso.

Pido a mis asistentes que lo trasladen al templo, recostado sobre una manta, para poder comenzar el tratamiento. Esta instrucción despierta la furia del interior de Goldmundo, que se niega incluso a que lo toquen. Hubo que echarlo de cara al piso de baldosas y atarle las manos a la espalda. Cuando se sintió dominado por la fuerza de varios hombres, no tuvo otra alternativa que escuchar mi voz de exorcista. A cada minuto que pasaba, iba creciendo en serenidad. Parecía el mar cuando, luego de exhibir su máxima bravura, se deshace en un oleaje suave que tiende a retirarse. Finalmente, parece estar en paz.

Una semana después, Goldmundo volvió a visitarme. Las ojeras que portaba la vez anterior están en tren de desaparecer. Me contó que había soñado con Jesús, que le suministraba la eucaristía y que le aconsejaba temprar su conducta respecto de sus semejantes. Luego, se encogió y me conminó a encogerme junto a él, como quien tiene un secreto tortuoso que compartir. Cuando mi cabeza casi tocaba su cabeza, me dijo en un susurro y con cierto dejo de temor que al vecino malhechor le había nacido una hermana con una malformación en la aorta.

XII. Oscar. “Lo que hacen es contra mi voluntad”

El día que conocí a Oscar, su llegada me encontró en medio de mi respiro de media tarde. Mientras aguardaba que vinieran mis ayudantes y los primeros pacientes que me mantendrían ocupado durante largas horas, meditaba sobre mi situación. Habito un espacio otoñal desde lo personal y, ese día, también desde lo temporal: estábamos en medio de la estación. Pensaba en el momento crucial de ingresar en la infinitud, en la vida eterna, en el misterio. ¿Qué hallaré más allá del umbral ya cruzado por casi ochenta años?

En medio de ese monólogo personal, que tanto me descansaba y beneficiaba, fui convocado por uno de mis ayudantes. “Llegó un paciente de Lanús”, me anunció. No hacía falta que me avisara que estaba acercándose: desde lejos se oían los ruidos, como si alguien estuviera rugiendo, gimiendo, revolcándose.

Oscar ingresó a la sala acompañado de su mujer. Ella asegura que están casados, pero que él acababa de ser abandonado por otra mujer, que la había descolocado del matrimonio con malas artes. Juntos, Oscar y su amante, visitaban cultos satánicos. Él evitaba mirarme de frente por todos los medios posibles. Se limitaba a escupir sus masculladas contra la pared. Lo noté muy alterado y consideré que no era el mejor momento para insistir con nada, porque el desgaste espiritual iba a ser enorme. Como era lunes, día que utilizo para el primer contacto con las almas desprevenidas, decidí dar por terminada la faena y concertar una nueva cita para ocho días después.

El martes siguiente, entonces, reiniciamos el trabajo. En esta oportunidad, Oscar llegó acompañado, además, de un joven sobrino. Sus vestimentas y calzados me dan la pauta de que se trata de gente bastante pobre. En el hall de la parroquia éramos trece personas, incluyendo mis asistentes. El crepúsculo estaba ganando el cielo. El endemoniado comenzó negándose a recibir mis ensalmos. Tampoco aceptó recostarse en la manta que utilizo habitualmente

para las liberaciones. Comenzó a mover los dedos con una especie de tic tenaz y, al mismo tiempo, aullaba en un idioma que no fui capaz de entender y mucho menos de reproducir. Me invadió el optimismo: el caso se parecía mucho a otros que había experimentado en el pasado. Y todos los anteriores habían culminado con un éxito.

Cuando mis asistentes lo sujetaron para ubicarlo en la manta, Oscar desprendió toda su furia. “Lo que me hacen es contra mi voluntad”, gritó. Insistí. Todos insistimos. La criatura enfebrecida al punto del hervor que comenzó la ceremonia se fue convirtiendo, con el transcurso del ritual, y dejó sitio a una paz muy dulce que nos clarificó el panorama a todos. Respiramos. Oscar estaba tan cambiado que parecía otro hombre, distinto del espantoso ser que habíamos recibido unos pocos minutos antes. El grupo que había llegado de Lanús partió, no sin antes colmarnos de agradecimientos. Diez de mis ayudantes y yo también consideramos que debíamos agradecer. En nuestro caso, al Altísimo, por habernos prestado ayuda.

XIII. Livia. La endemoniada de los tres abortos

Cuando Livia llegó a la parroquia, acompañada por su marido, tenía cuarenta años. Toda su vida había profesado como Testigo de Jehová, por lo que la decisión de acudir a un templo católico no le había resultado sencilla. Pero estaba desesperada.

Como carta de presentación, confesó haber cometido pecados muy graves. Recordó tres abortos: uno a los trece años, otro a los dieciséis y el último a los diecinueve. Contó luego que debieron extirparle el útero a fin de evitarle males mayores.

Cuando aún cursaba estudios secundarios, a los diecisiete años, se encontró

en la calle con dos hombres, extranjeros, que buscaban un banco para cambiar dinero. No sólo los acompañó y les facilitó la operación, también los invitó a su casa. Una vez allí, mantuvo relaciones íntimas con ambos sujetos. Hasta les dio dinero cuando se fueron. “Desde ese instante advertí la posesión diabólica, que me obligaba a ejercer trabajos sexuales”, explicó. Al mismo tiempo, desarrolló una tarea docente. Los ataques del Maligno nunca cesaban. En su derrotero desesperado, ya había probado con una iglesia ortodoxa, en la que fue calificada como loca y de la que fue expulsada por sus sacerdotes debido a sus manifestaciones extrañas. También había concurrido a un centro de *reiki*, una técnica japonesa, que no le proporcionó ningún alivio. Decido comenzar el exorcismo cuanto antes.

“Me quedo”, gritó, cuando pronuncié la imposición que obligaba al diablo a abandonar ese cuerpo doliente. La voz infernal prosiguió durante largos minutos. Abundaron las amenazas, los insultos, los términos soeces. La lucha fue intensa y ambos contendientes estábamos ya muy fatigados, pero no tenía yo la voluntad de ceder. Continué hasta que noté un cambio en el tono. La voz salía ahora debilitada y derrotada, sin la altivez que la había caracterizado hasta hacía instantes. Sólo atinó a decir: “Me voy”.

La pobre Livia estaba sobre la frazada. Junto con su marido, la ayudamos a reincorporarse. Manifestó hallarse bien. Dos días después, me llamó por teléfono. Me dijo que aún sentía dolores en el cuerpo. Le aconsejé que concurriera a la iglesia de su barrio, en el barrio de Belgrano, en Buenos Aires.

XIV. Ignacia Rojo. Poder volver a misa

Ignacia Rojo eligió el día y la hora para presentarse en la parroquia de la

Iglesia San Francisco: a las 20 en algún momento de junio en el que el cielo estaba muy oscuro. La esperaba, ya al tanto de algunos de los pormenores de su situación, junto con ocho ayudantes y un sacerdote.

Hacía frío. Estábamos destemplados. Decidimos encender la estufa de gas. El clima mejoró notoriamente, pero no nuestra preocupación. La hora fijada había pasado y no teníamos noticias de Ignacia. El timbre sonó recién cuando ya habían pasado unos minutos de las 21. Estábamos a punto de claudicar. Por la puerta, ingresó una muchacha con aire melancólico y gesto atemorizado. Su miedo se incrementó cuando, mentalmente, contabilizó cuántos éramos. “Tranquilízate, sólo son mis ayudantes y un muy buen clérigo, nos reunimos aquí para ayudarte, todos queremos lo mismo, sacarte de tu doloroso estado, de tu amarga situación”, le hablé con calma.

Se alivió. Colocó una manta que ella misma había traído en el piso y se acostó encima, de espaldas hacia nosotros. El silencio que invadió el lugar fue de una gravedad absoluta. Comencé con mis antiguas plegarias en latín. A medida que las iba desgranando, en medio del ambiente mejorado por el calor de la estufa, la joven dio señales de sufrir el impacto que le producía un dolor íntimo, consecuencia de algo espantoso que sabía que debía abandonarla, negándose a liberarla de su fuego y su peso. Leí con fervor los trozos evangélicos.

Noté que el espectáculo de lucha entre la doliente y el Maligno cedía a favor de Ignacia. Finalmente, pudo expurgarse de la oscura crueldad y se incorporó, agradecida. Sonrió a la vida plena, a la alegría de ir a su casa donde la aguardaba su hijito de siete años, su pequeño José. Ella era madre soltera y ahora se hallaba a cargo de su criatura, ya que el padre los había abandonado. Antes me contó que este hombre asistía a reuniones satánicas y que ella lo había acompañado alguna vez, atribuyendo sus pesares a esos ritos extraños.

Ahora podría volver a asistir a misas, entrar sin temor a la iglesia, ser un alma sumada a las almas puras, perdonadas y lavadas por el Altísimo, mediante nuestros trabajos espirituales.

Capítulo 7

LOS FALSOS ENDEMONIADOS

Así como debí enfrentarme con el Maligno muchísimas veces, también veo con frecuencia pacientes que suponen estar poseídos pero que, en realidad, son casos psiquiátricos. Suelen ser traídos por parientes o amigos que notaron actitudes extrañas, comportamientos inusuales, cambios bruscos de personalidad. Incluso, podría arriesgar que el 90 por ciento de las personas que me consultan no están en verdad endemoniadas. Es muy común, por ejemplo, la presencia de jóvenes en situación de crisis de cambio, que pasan de la adolescencia a una etapa más madura. En todos estos casos, no tengo mejores herramientas que apostar a establecer un diálogo franco y simple, sin complicaciones, para tratar de derivar a una consulta psicológica. O psiquiátrica, de ser necesario. A partir de ahí, la situación más deseable, aunque no siempre posible, es que el profesional mantenga un contacto frecuente con el sacerdote. Un trabajo en equipo que podría resultar beneficioso para mucha gente atormentada. En mi carácter de exorcista me basta, en la mayoría de los casos, con hacer una pregunta a ras para distinguir a un supuesto endemoniado de un enfermo mental.

Otra fuente de “falsos endemoniados” es el trastorno de conversión (conocido anteriormente como “histeria de conversión”). Se trata de un conjunto de síntomas que afectan el comportamiento y que se asemejan a una enfermedad neurológica, aunque no proceden de ninguna dolencia física conocida. El paciente, entonces, convierte el conflicto psicológico en un trastorno en su cuerpo, que puede manifestarse por la incapacidad para mover una extremidad o la incapacidad para utilizar un determinado sentido, para dar algunos ejemplos. Cuando se presenta alguna persona con esta dolencia, es muy difícil para el exorcista determinar la existencia de una presencia diabólica. Es en estos casos donde acudo más comúnmente a la ayuda de un psiquiatra.

Por último, existen los casos de engaño voluntario. Personas que vieron muchas películas de exorcismos o que buscaron información en Internet y que se presentan en mi sala de trabajo con la férrea voluntad de hacerme creer sus cuentos. Recuerdo siempre el caso de dos hermanos que se presentaron, uno de dieciocho años, el otro de treinta. El menor intentó convencerme por todos los medios de que era un endemoniado, pero su pantomima era torpe.

Podemos decir que desde que me ordené, en 1962, hubo dos grandes rachas de endemoniados. La primera fue la que siguió a la película *El exorcista*, de 1973 pero estrenada en la Argentina en agosto de 1974, dirigida por William Friedkin. Allí, la protagonista, Regan MacNeill, encarnada por una Linda Blair que tenía apenas catorce años, sufría una posesión demoníaca y era atendida por el Padre Merrin, en la piel de Max Von Sydow. La cinta, de terror, es recordada por escenas fortísimas, entre las que se incluyen el momento en el que la joven gira su cabeza 360 grados o cuando vomita una masa espesa de color verde. La película fue un verdadero éxito en taquilla y un disparador de paranoias. Por entonces todo el mundo creía haber sufrido una posesión.

La segunda ola de endemoniados tiene auge desde hace ya alrededor de dos décadas y está relacionada con la proliferación de cultos varios, sectas satánicas y prácticas esotéricas en apariencia inofensivas, como jugar a la Ouija o hacerse tirar las cartas del Tarot, pero que representan un “juego”, un coqueteo, un ponerse en contacto con el demonio.

Sin embargo, no hay que sucumbir a un estado de superstición ni ver al Maligno en todas partes. Esta política lo único que produce es un estado de intranquilidad continuo y el fracaso repetido en diferentes empresas a causa de temores sin fundamento. Otro aspecto que causa daño es el agnosticismo, porque concede terreno al Maligno. ¿Qué más quiere el diablo que le den la espalda y lo consideren sólo una idea medieval?

A continuación, algunos casos registrados de falsos endemoniados.

I. Lucía. “El diablo me ordenó matar a un sacerdote”

Un caso que recuerdo es el de una adolescente de catorce años, criatura desorientada que no hacía pie en la tierra y parecía fluctuar entre tinieblas. Mi primera impresión al verla fue que su pose podía ser causa de una enfermedad neurológica. Busqué verificar si esta premisa era cierta. Aproveché que la acompañaba su padre y lo consulté sobre la salud mental de su hija. Me informó que estaba bajo tratamiento psiquiátrico. Las luces de alerta ya estaban encendidas. Luego, agregó que el diagnóstico era neurosis pasajera. “Nada grave”, me advirtió el padre, que también mencionó que los cambios de conducta de su hija habían comenzado luego del fallecimiento de la mamá. Una sensación me invade: la relación entre padre e hija es extraña. Tal vez, la simulación de la posesión diabólica es una forma de rechazar este

vínculo. Al cabo de unos minutos ya casi no me quedaban dudas: la joven estaba representando su estado, de forma muy similar a como lo hacen los personajes de las películas.

—¿Cómo te llamás? —le pregunté.

—Nosotros no te lo diremos —respondió.

—¿Nosotros?

—Estas presencias entraron en mi casa luego de la muerte de mi mamá.

—¿Cómo era tu mamá?

—Era muy creyente, muy religiosa. Nada que ver con mi papá. O conmigo.

—¿Qué te pasa?

—Ellos, nosotros, te tienen miedo, porque saben que los querés arrancar de adentro de mí.

A pesar de estar prácticamente convencido de mis presunciones de simulación debido a la gran cantidad de pruebas (adolescente, huérfana de madre, posible atracción de seducción con su padre, una pierna arañada como único vestigio físico de daño, pero que podía haber sido autoinfringido), fijamos el exorcismo para el 14 de julio de 2003. Tomé precauciones: además de mis colaboradores habituales, solicité al psiquiatra Silvio Eduardo Kemper que me acompañara. El caso requería de contención. La ceremonia se redujo a una escena histérica, desatada por una situación familiar que desequilibraba la psiquis de esta criatura.

El 1º de diciembre del mismo año, la chica solicitó que la atendiera y, por tratarse de una enferma, accedí. Me contó que estuvo en el infierno, conducida por un diablo que golpeaba a los condenados, pero que a ella la había recibido amigablemente, en medio de oscuridad y niebla. La rocié con agua bendita. “Me quema”, me dijo. Luego fue a lavarse las manos. A todas luces, era una representación teatral. Un escenario con trágicos personajes

que requerían otra medicación que no fuera el exorcismo.

Hubo tiempo para un poco más de conversación. El comentario final de Lucía durante la charla de diciembre, la última que mantuvimos, fue que el diablo le había ordenado matar a un sacerdote. Como parte del personaje cinematográfico que estaba encarando en este folletín diabólico que había nacido en su imaginación, sonrió con una mueca extraña y me aseguró a modo de despedida, tal vez para dejarme tranquilo: “Pero yo nunca haría una cosa así”.

Este episodio me permite explicar que nunca penetro en vallado ajeno, que me ubico en mi estanco de exorcista sin desbordarlo jamás. No sólo eso, sino que aconsejo a cualquiera que deba realizar tareas similares a las mías que ponga la principal atención en diferenciar un poseído de un enfermo neurológico o un deficiente mental. La confusión puede desembocar en una tragedia si un paciente psiquiátrico dejara de concurrir a los médicos, convencido de estar habitado por un demonio y, como consecuencia, dejara de tomar sus medicinas. Hay que prestar particular atención cuando el solicitante es una persona a punto de abandonar la edad adolescente y de pisar la juventud, ya que es un pasaje muy delicado. Empíricamente, puedo decir que las jovencitas sufren más determinados niveles de violencia psicosomática en esa etapa de la vida que los muchachos. Un trato equivocado puede sumergir a un ser en la locura o en el terror. En estos casos, la única intervención del exorcista debe ser rezar por la salvación de sus almas.

II. Manuela Rosa. La invocación a Eurinome

Éste fue un caso extraordinario. Por su cuenta y riesgo, Manuela Rosa

decidió llamar al Legionario Eurinome: un demonio que comanda un ejército de moscas verdes y zumbantes.

Desde el primer día en que falleció su padre, adoptó una actitud de huérfana en pleno gimoteo. Pero su necesidad de llanto no la abarcaba sólo a ella: necesitaba que cualquiera que la rodease se sumara a su dolor. Cuando sus familiares o amigos no cumplían con esta exigencia, solía desaforarse, enfurecer como bestia salvaje. Su situación fue *in crescendo*.

Un día, regresó al antiguo caserón en el que vivía, no sin antes discutir con cualquier persona que se cruzara en su camino. Al llegar al portón, pesado y gigantesco, no encontró la llave. Lejos de buscar a un cerrajero que la ayude, Manuela Rosa arrancó la puerta de cuajo, de una sola patada. Ingresó en su morada sin haber sufrido ni una pequeña lastimadura en el pie. En sus instantes de furia golpeaba espejos hasta hacerlos trizas, pero nunca se dañaba los puños.

Cultivó su soledad con tenacidad. Dentro de la casa, caminaba gruñendo e invocando a su padre. Su madre había muerto durante una fuerte discusión con ella. Ya no asistía ni a la capilla, lugar en el que, además, no la extrañaban en absoluto: famosa se había hecho por distraer a los fieles con ademanes de adoración, delante de los santos de los altares e incluso en momentos en que el cura celebraba misa.

Finalmente, decidió comenzar a acudir a un templo satánico. Solicitó al gran santón que le dedicara un diablo personal, capaz de devolverle a su padre, el único ser que la amó y la entendió. El gran santón le ofreció a Eurinome. Manuela Rosa debió confesar en ese momento que ya lo había invocado, lo que produjo sorpresa en su interlocutor.

Las misas negras se celebraban los martes y los viernes, y de acuerdo con el signo del oferente, variaba el victimado, que podía ser animal o, en extrema circunstancia, un humano.

Tanta cantidad de moscas invadieron el templo que los concurrentes a los oficios manotearon sin parar durante todo el tiempo que duró el encuentro. Otros utilizaban abanicos para espantar a los insectos. Sólo los que prestaron atención descubrieron que las moscas sólo se posaban encima de Manuela Rosa.

Desde entonces, era común verla caminar por la calle, con una figura que ganaba cada vez más kilos (la obesidad era otro problema que la venía acompañando desde hacía bastante tiempo), seguida y cubierta de una suerte de nube de cuerpecitos alados. Era la única persona a la que el cúmulo de alimañas parecía no molestar. El resto de los humanos consideraba insoportable el zumbido, además de ciertamente repugnante la acumulación de invertebrados. Sólo un detalle afectaba a Manuela Rosa: su padre, motivación de la convivencia con las moscas, no se hacía presente. Por eso, se presentó nuevamente ante el santón y le solicitó volver hacia atrás con la invocación. “No”, respondió su líder, molesto ante la perspectiva de tener que enfrentarse al difícil trance de revertir el efecto milagroso que había logrado, no sin esfuerzo, a través de la acción de diversas fuerzas espirituales. Manuela Rosa tuvo la pésima idea de insultar al santón. Sus adláteres se hicieron presentes y, sin miramientos, empujaron a la mujer a la vía pública, envuelta en su vestido de insectos.

Esa misma noche, junto a su cama, Manuela Rosa experimentó finalmente la visita de su padre. Despertó de repente y lo vio allí, sentado. Estaba irreconocible, envuelto en una capa de estilo español, confeccionada por moscas.

En plena madrugada, alguien golpeó la puerta de mi parroquia. Salí a ver quién llamaba a esas horas. Me encontré en la puerta a Manuela Rosa, con ropa de dormir, envuelta en una frazada, cubierta de lágrimas. La hice pasar a la sala de recepción, donde me contó la historia tal como la transcribí en las

líneas precedentes. Me desveló, pero no podía actuar hasta el alba, cuando acudirían seis de mis ayudantes.

Ya en la mañana, cuando estábamos prestos a comenzar con la ceremonia, nos llamaba la atención que la mujer estaba muy serena, a pesar de que ella misma declaraba estar poseída por Eurinome. Había arrancado una puerta de cuajo, tranquilamente podría destrozar el lugar y aniquilarnos. Pero no, estaba sentada allí, tranquila. Le hice las preguntas inquisidoras sobre su situación y no se inmutó. Dijo que ya no quería invocar más a su padre y reconoció que las pastillas para adelgazar, de las que estaba tomando de tres a cuatro por día, no le estaban haciendo bien y que podían haberla afincado en la idea fija de resucitar a un muerto.

No era Eurinome quien había estado operando, sino las anfetaminas. Su psiquis estaba descontrolada, porque esa droga crea y recrea un entorno que responde a las exigencias del enfermo que la ingiere. De ahí que Manuela Rosa creara un universo de moscas que no sólo la asolaban, sino que la ataban a un universo circundante de su propia autoría. Estaba sola, se sentía abandonada, se sobrealimentaba con dulces, bebía alcohol, pasaba buena parte del día viendo televisión... No había exorcismo para hacer, sólo algunas palabras de consuelo.

Pidió el teléfono y llamó a alguien. Tal vez una pariente, tal vez una amiga que había logrado escapar a ese cerco de soledad que Manuela Rosa tenía trazado a su alrededor. Como sea, esta persona vino a buscarla en un auto. Desde mi despacho, oí el arranque del motor del automóvil. “Que Dios se apiade de ella”, pensé, mientras el ronco sonido llegaba cada vez más distante.

III. Luciano. El abstraído

Una señora llegó a la parroquia, en un estado de aflicción total. Traía un objeto que, a la distancia, parecía inanimado. Sin embargo, era nada menos que su hijo, Luciano. El dúo había viajado desde la localidad de San Justo, con ella al volante del automóvil familiar. Todo hacía pensar que eran personas de alto nivel social. El joven, de veintisiete años, aparentaba padecer ausencias enfermizas, por lo que todo el hilo de la conversación era llevado por Celia, su madre.

—Desde que rompió el noviazgo con Ana, está casi mudo y no presta atención a nada ni a nadie —arrancó la charla Celia.

—¿Conoce usted cuál fue el problema por el cual la pareja decidió romper? —consulté.

—Fue una vulgar pelea entre enamorados, de esas que hay tantas.

—¿Por qué vinieron a verme? Ustedes saben que soy exorcista, ¿verdad?

—Nos recomendaron que viniéramos porque ya van varias personas que nos dicen que el estado de Luciano es porque está endemoniado.

Necesitaba hablar con el hijo, que hasta ese momento no había abierto la boca. Abrí la puerta y, con gran amabilidad, invité a Celia a esperarnos en la sala exterior. Iba a hacer mi mejor esfuerzo buscando la sinceridad dentro de ese joven hermético. Supuse que la mamá ejercía cierto dominio temeroso en la psiquis, tal vez delicada, de su hijo. Cuando quedamos frente a frente, no necesité hacer ninguna pregunta. Luciano me miró directamente a los ojos y comenzó a hablar.

—Anita es bruja y pincha fotos... Sé que estará pinchando mis fotos. Tiene muchas. Tiene fotos comprometedoras.

—¿Estás seguro de que Ana hace estas tonterías?

—Sí —fue lo último que dijo antes de ponerse a llorar a mares.

Me mostró una especie de picadura de aguja en el cuello, otra en la muñeca, otra en la pierna.

—Desde aquí podrían ser tranquilamente picaduras de un insecto —opiné.

—¡No! Son atrocidades que hace ella en estado de brujería, estoy seguro. Cuando estábamos juntos hizo cosas así delante de mí. Y la persona a la que pinchó murió. Murió de una recaída de sarampión.

—¿Qué relación tenía el difunto con Anita?

—Había sido el novio anterior.

—¿Anterior?

—El que tuvo antes que yo.

—¿Vos sufriste de sarampión durante tu infancia? —retomé las riendas de la charla.

—Sí. También tuve escarlatina y paperas.

—¡Entonces estás inmunizado contra todos esos males esporádicos!

Mi frase optimista no logró dotar de color su rostro. Durante la charla, Luciano había palidecido. Su rostro parecía una azucena blanca. En un primer diagnóstico, deduje que era un niño bien nacido y muy mimado por una madre castradora. No me afiqué en esta conclusión. Fue sólo un pensamiento.

—Creo que vos todavía estás enamorado de Anita —sugerí.

—¡No! —negó con firmeza—. Siento repugnancia por ella, es una persona indeseada.

El joven abstraído de hacía unos pocos minutos atrás era ahora una olla de agua en plena ebullición. “Le voy a confesar una cosa, pero que mi mamá no se entere. Mamá y yo pinchamos unas fotos de Anita todos los martes y los viernes, a las doce de la noche. Cuando hay luna llena, las enterramos en el parque de adelante de la casaquinta”, agregó para mi desconcierto. Callé, estaba dubitativo. No me decidía si convenía llamar a la señora, que nos esperaba en la salita, o seguir indagando cara a cara al joven. El caso se volvía más desagradable a medida que la charla se expandía. Decidí

continuar, en particular porque noté que no sabía nada de Ana.

—¿Sabés cómo está Ana ahora? ¿Tenés idea de si sufre dolores o malestares relacionados con los pinchazos que ustedes hacen a las fotografías?

—No tengo ni idea de dónde está Anita ahora —respondió.

—¿Por qué vinieron a verme? —le repetí a Luciano la misma pregunta que ya le había hecho a su madre, pero que hasta ahora no tenía una respuesta satisfactoria—. Yo me encargo de asuntos graves de posesión diabólica y ustedes me traen una pelea entre chicos caprichosos en la que juegan a ser novios.

—Anita va a un culto satánico. Ella fue la que me enseñó los trucos, la que me puso al tanto.

—Si estás de acuerdo, te voy a dar una bendición de protección.

Pronuncié la oración y no hubo ninguna reacción furiosa de su parte. Todo lo contrario: me agradeció. Hice pasar a Celia y le propuse darle una bendición idéntica a la que había recibido su hijo. La dama se encrespó como un carpincho: “No, gracias, a mí no me hace falta”, dijo. Ambos estaban presurosos por marcharse. Quedé a disposición de ellos, por cualquier novedad, pero no volvieron.

Saqué en conclusión que el joven, despechado y triste, fingía una posesión diabólica. No son raros los maleficios realizados sobre que una persona supersticiosa, temerosa de magias y embrujos. Pero cuando esto sucede, el exorcismo no actúa ni los soluciona.

IV. Carina. Una guerra fría doméstica

Los barrios suburbanos se caracterizan por sus habitantes, que suelen saber

todo sobre todos. El caserío en el que vivía Carina, no muy lejos de mi parroquia, no era una excepción: los comentarios circulaban desde los rancharíos más alejados hasta las zonas con casas de material bien construidas. En el almacén, las señoras se apoyaban sobre el mostrador o dejaban caer sus manos sobre los changuitos para poder extender las charlas a placer. El chisme del momento se centraba alrededor de la actividad febril que se estaba viviendo en una de las casonas, tan antigua como gris, donde un número cada vez más grande de matrimonios se reunía los sábados. Muchos eran vecinos con los que se compartía una mesa de café o una cola en el banco. Muchos otros, perfectos desconocidos llegados desde el centro de Buenos Aires. ¿Para qué se daba cita allí esa pequeña multitud? Para participar de una cofradía de enseñanza de brujería.

Esta conversación llegó también a la salita de espera de mi parroquia. Es común que sea un ámbito de conversación para los pacientes y los fieles, que utilizan las palabras para amenizar el tiempo en que deben permanecer sentados sin mucho más que hacer. La protagonista de la narración, que llegaba audible hasta mi despacho, era una pareja del vecindario, que aparentemente estarían participando de las sesiones de aprendizaje para convertirse en brujos. Me preocupé. Y mis temores se confirmaron esa misma tarde, cuando Carina, la esposa de la pareja, me vino a consultar. Estaba desolada, muy delgada, la invité a sentarse, se acomodó en la silla y quedó como rígida.

—Por favor, póngase cómoda —insté.

—No puedo. Me cuesta mucho mover los brazos y las piernas. Siento las articulaciones duras —me respondió.

La piel, de un tono amarillento, parecía directamente adherida a los huesos. Sus ojos daban toda la impresión de estar colgando dentro de las órbitas. Era una mujer literalmente descarnada. Un esqueleto viviente. Comenzó a llorar

de una manera inconsolable. La abordé para apresurar una confesión que en cualquier momento debía presentarse, pero que Carina retardaba.

—¿Qué le pasa? ¿Está usted enferma?

—¡Estoy embrujada! Y el culpable de esta desgracia es nada menos que mi marido... ¡Quiere matarme antes de que yo lo mate a él! —dijo, y las lágrimas arreciaron aún con más fuerza.

Decidí averiguar de qué se trataba esta guerra fría en versión doméstica. Comencé un cuestionario muy puntual. Las respuestas fueron salpicaduras que me permitieron ir reconstruyendo la historia. Los dos miembros de la pareja eran muy celosos y ambos sufrían un temor extremo a ser engañado por el otro. Este miedo se convirtió en agresión y la agresión, en el largo plazo, se transformó en odio. Para este momento, Carina ya tenía treinta años y un desinterés profundo por las actividades más elementales de la vida. Dejó de comer, ni siquiera tomaba agua. Salir a la calle representaba para ella un esfuerzo equivalente a escalar el Himalaya. Sentía un estrés profundo y prolongado, que la envolvía de pies a cabeza, como una anaconda. Cuando llegó a mi escritorio, estaba a punto de desbarrancarse en un abismo mortal. Fue una amiga, al ver el pésimo estado en que Carina se encontraba, la que prácticamente la forzó a ponerse en contacto conmigo y solicitar un exorcismo.

—¿Y su marido? ¿Cómo se encuentra él?

—Seguramente va a sobrevivir. No sé, es como si las brujerías que yo le hago le resbalaran —se lamentó.

—¿Qué le hace exactamente usted a su marido?

—Lo ofrezco a los dioses, matando unos animales y bebiendo su sangre aún tibia. Hago ronda de fuego y recito unas oraciones. Quemo algunos cabellos de su cabeza. También practico algunas otras cosas que no se las voy a contar.

Era casi un hecho que los mismos poderes maléficos que su marido accionaba con facilidad, para Carina resultaban imposibles de acceder. Me encontraba ante una guerrilla entre dos sujetos que se odiaban tanto que no necesitaban del diablo para condenarse mutuamente. El exorcismo no tenía lugar aquí, porque trabaja en otro plano. Este tipo de problemas suelen superar mis capacidades. Con el diablo, puedo. Pero la brujería es de este mundo material.

Le sugerí que tratara de mejorar su situación conyugal. Para empezar, que abandonara la costumbre de echarle maleficios a su pareja. También puse énfasis en que debía visitar a un médico, debido a que era evidente que su salud estaba empeorando. Faltaba aportar algún consejo para su marido.

—¿Están casados por la Iglesia? —consulté.

—Sí.

—¿Por qué no le propone a su marido que venga verme?

Por su rostro, supe que mi recomendación había caído en saco roto. La semana siguiente fue funesta. Vino una vecina a pedirme que fuera a la casa de Carina, porque ya no se levantaba de la cama. Vivía en una propiedad humilde, de una sola habitación. Cuando entré, me ubiqué al lado de un hornillo encendido y le hice una bendición. Supe que su marido la había abandonado, tal vez satisfecho porque sus brujerías habían tenido un éxito fatal en el cuerpo y en el alma de su desdichada esposa.

Pocos días después, Carina falleció. El informe del médico indicó que había sido víctima de un ataque cardíaco. Su caso me permite tener siempre presente que existen entidades sombrías que vibran expectantes desde la mentalidad poderosa que las movilice. Hay sombras muy crueles y deseos malignos que algunas personas, no demasiadas, son capaces de manipular. El caso más habitual es el temor que infunden manos santas y otras yerbas, que pululan y crecen en los plantíos avaros del universo. Pero hay que triunfar

encima de la superstición, porque debilita la psiquis y la expone a golpizas siempre esperadas por el supersticioso. El caso de Carina y su marido, el brujo, fue un exponente de magia cruenta, ejercida por una psiquis poderosa, que pudo destruir a otra delicada y enfermiza.

V. Carne de cañón. El hombre que no existía

Una de las cuestiones más atractivas en la vida de un cura exorcista es que no importa cuán “rara” haya sido una entrevista, siempre puede haber alguna otra que la supere. En este caso, no tengo otro remedio que llamar al paciente *Carne de cañón*, el nombre con el que él mismo se presentó justo antes de detallar que no fue bautizado y que no está registrado en ningún lugar de su escolaridad o de trabajo manual o administrativo. Acepto su historia, aunque llame poderosamente mi atención. Considero admisible que ignore el nombre de sus padres y que nadie lo haya inscripto en registro alguno.

Sin embargo, una segunda parte del relato hace tambalear la veracidad de todo lo narrado. Dice que estuvo cinco años preso por haber asesinado al hombre que violó a su hermana. Estima que en ese momento pudo haber sido víctima de posesión. Aquí se revela como un típico mentiroso callejero: la policía siempre identifica a los detenidos, que quedan registrados con un prontuario.

Carne de cañón es flaco, desmechado, desprolijo. Muestra desinterés por todo lo que existe en su universo circundante. Posee una mirada inquieta, que navega como barca en las aguas de un río y que atraca en todos y en cada uno de los objetos de la parroquia. Es el ojo vagaroso del ladrón, que ubica aquello que puede ser empeñado luego del asalto. Su mente sigue pergeñando historias a gran velocidad, para darse tiempo a continuar con su maligna

forma de ubicar esos “tesoros” que, según su calibración personal, merecen ser hurtados.

Asegura que las Hermanas del Cenáculo, que según él mismo se ocupan de recoger a los desvalidos, se interesaron por su caso. Dice que no se arrepiente de haber matado a un hombre y que, incluso, está deseoso de ver más sangre en su futuro. “En realidad, tengo tres muertes encima”, afirma. Pienso que sólo quiere impresionarme: es muy difícil hallar criminales confesos. No intenté certificar ninguno de los datos que me proporcionó: sabía a priori que eran todos falsos o improbables.

Carne de cañón vive en una comunidad junto con otros treinta y cinco jóvenes. Tres de ellos, que aseguran haber vivido la prisión de la drogadicción y haber podido escapar, fueron los responsables de traerlo ante mí. Ninguno fue capaz de aportar ninguna afirmación valiosa. Uno asegura que en el futuro espera ser ordenado sacerdote. Como si el estilo de vida que llevaba fuera concordante con la vocación. Mi conclusión fue que se trataba de una farsa importante. Sin embargo, intenté el exorcismo. ¿Por qué? Porque pensé que el Maligno también suele aprovecharse y colocar sus garras en los malvivientes, con fines oscuros o sólo por diversión. Puesto encima de la frazada, sólo lanzó algunos pocos quejidos leves, tratando de imitar el pesar de quien realmente tiene el diablo en el cuerpo. Todo era ficción, así que suspendí la ceremonia lo más pronto que pude.

Este joven me dejó, aunque parezca increíble, una gran enseñanza: nunca comenzar a tratar un caso sin solicitar antes los documentos de la persona involucrada. Hay tanta gente que necesita consuelo que no es lógico perder el tiempo en casos como éste.

VI. Tita. La niña difícil

Tita era apenas una jovencita. Una “niña difícil”, según su abuela Norma, una señora que tenía la fatiga dibujada en la cara. Cuando llegó a la parroquia, la señora me contó que luego de una fiesta de cumpleaños su nieta había cambiado radicalmente su personalidad. Ya no era una niña común y corriente, sino una pequeña compleja y violenta, capaz de revolcarse en el piso y de reptar como lo hacen las víboras, de sacar la lengua y, al mismo tiempo, pronunciar discursos incomprensibles. “Habla un idioma que ni siquiera aprendió”, afirmaba Norma, asustada. Y eso no era todo: Tita ponía los ojos en blanco y golpeaba su cabeza contra la pared, rompía cruces y estampitas y destrozaba cualquier objeto que hallaba durante sus paseos reptiles. “Hasta agarró una Biblia y la revoleó por los aires”, concluyó la abuela.

Acepté conocer a Tita. Tenía dieciséis años que se veían muy complicados y llegó a la consulta con otra chica de la misma edad, tal vez una compañera de clase. Desmintió la historia del cumpleaños que quería creer su abuela y me contó que había ido a visitar a una anciana que anudaba corazones, porque quería que el suyo estuviera siempre ligado con el de un chico, el que ella había elegido para toda la vida. La anudadora de corazones le ató las manos con una cinta roja y pronunció unos rezos mágicos. Desde entonces, se había sentido alucinada, estado en el que suele aparecersele un hombre negro que la posee sexualmente. Le pedí algún dato de la bruja que había hecho el “trabajo”, pero no pudo darme nada para que yo pudiera contactarla.

Convoqué nuevamente a Norma y le expliqué que, para mí, era imprescindible poder conversar con la madre de Tita. Allí pude adentrarme en la verdadera historia de la adolescente. Su padre había abandonado la casa cuando Tita era una niña. Su madre intentó rearmar su vida, pero con poca suerte: el concubino con el que reemplazó a su marido la asesinó, crimen por el que pagó nueve años de cárcel. La abuela debió hacerse cargo de esa

familia desmembrada y desvalida.

No había aquí ninguna razón para hacer un exorcismo, porque no había ningún demonio. La conducta de Tita, a la que se agregaba el hecho de no haber aprobado las materias del año que cursaba, no estaba relacionada con diablos ni con brujerías, sino con un ambiente adverso, negativo y cruel que, desde su infancia, ella conocía como “vida”.

Apéndice

LAS ALMAS DE ARS

Para cerrar este libro, no quería dejar de mencionar la historia de Juan María Bautista Vianney, cuya vocación por salvar almas lo convirtió en patrono de los sacerdotes católicos, en particular de los párrocos. Nació en Dardilly, al noroeste de Lyon, Francia, en 1786. Falleció en Ars-sur-Formans en 1859.

Vianney fue un párroco humilde, que desempeñó su oficio en su país natal, más precisamente en el sitio donde murió, Ars, un pueblo pequeño que apenas si alcanzaba los 200 habitantes. Estas personas, en su gran mayoría, habían perdido la fe en Dios. Los desórdenes ciudadanos desmoralizaban las costumbres y el cura de Ars resolvió, mediante confesiones, llevar a cabo un movimiento de recuperación tan importante que superó las fronteras no sólo del pequeño poblado, sino también las de toda Francia y, en definitiva, del mundo católico. El poder de la plegaria y la confesión explotó en Ars y se extendió rápidamente a diferentes rincones del mundo.

Su biógrafo, el doctor Francisco Trochú, cuenta las amargas peripecias y atropellos que sufrió “el salvador de almas perdidas” por obra y desgracia del

Maligno. En el anecdotario, incluido en el primer tomo *Vida del santo cura de Ars*, un relato de apariencias ingenuas nos cuenta:

Mientras el Padre Vianney se encontraba confesando a un feligrés apenado por su ánima pecadora, alguien quiso interrumpirlo en su devoción, gritando: “Padre, Padre mío, el fuego está devorando vuestra cámara”. El santo confesor no se inmutó y prosiguió con su tarea y su confesión, para concluir diciendo estas palabras destinadas al diablo: “Este villano no ha podido cazar al ave y ha quemado su jaula”.

Luego, el autor comenta: “Tal como se produjo el incendio, sin causa aparente, se apagó”. El diablo menosprecia a la gente y cree que puede confundirla incluso con cuentos casi infantiles. Por eso el relato no es ingenuo, porque demuestra que, en algún punto, el demonio suele ser estúpido. Aunque, en líneas generales, la característica saliente es su crueldad extrema.

Otra anécdota del mismo libro relacionada con el diablo y los exorcismos:

Una mujer fue llevada por el marido a ver al Padre Vianney, quien aconsejó que convendría conducirla ante el obispo de su diócesis. La mujer estaba muda hasta ese momento, y de pronto, recobró el habla mediante una voz espantosa que atemorizó a los presentes. El diablo gritaba diciendo por boca de la poseída, si tuviera el poder de Jesucristo, engulliría a todos en el infierno. Y le dijo el Padre: “Tate, tú conoces a Jesucristo; ¡Ea, bien! Lleva a esta mujer al pie del altar”. Fueron necesarios cuatro hombres

para acercarla y aún hubo dificultades. El Reverendo Vianney puso su mano sobre la cabeza de la poseída y ella quedó como muerta; luego se levantó y con andar ligero se dirigió a la puerta de la iglesia. Después de una hora, regresó y estaba serena; tomó agua bendita y se arrodilló. Todos comprendieron que su alma estaba recuperada y limpia.

Epílogo

QUE TODO SEA PARA MAYOR GLORIA DE DIOS

Este libro tiene como primera finalidad alertar a los sacerdotes proclives a ejercer el poco conocido ritual del exorcismo, que deberán contar con el reconocimiento del Señor Obispo Diocesano.

En segundo lugar, una vez en el difícil ejercicio, su misión será extender, con la gracia de Dios, el Reino de los Cielos a este mundo. Será preciso atender a la verdadera salvación de un alma y haberla liberado del diablo y asistir al momento de gracia del Señor, ya dueño del confeso exorcizado.

No caer en el pozo oscuro del temor a ser poseídos por el diablo vencido y sin guarida. Esto último se ve en las películas fantásticas, pero afortunadamente no es así, en la realidad objetiva. En general, los directores de cine, mediante atrocidades crueles y a veces vulgares, lo que buscan sólo es un éxito taquillero.

El exorcismo hoy es mucho menos espectacular y llamativo de lo que la gente supone. Dios Padre, en su Divina Providencia, extiende su mano poderosa encima de todos los que, sin otro interés que procurar su gloria, laboramos en el campo de la Iglesia, para arrancar de las garras del Maligno

las almas sufrientes sojuzgadas a su tiránico avasallamiento. Bien lo dijo Jesús: “No cae un cabello de tu cabeza sin que el Padre Celestial no dé su consentimiento”.

La vida y la salud de sus sacerdotes valen a los ojos de Dios más que un simple cabello. El diablo y todas sus huestes están derrotados y ellos lo reconocen. Todas las bravuconadas del Malo, expresadas a través de los posesos, son vana etiqueta sin contenido. Él teme al sacerdote, especialmente al exorcista.

Algunos autores opinan que el exorcismo tortura más al demonio que el mismo infierno.

Cubierta

Portada

Prólogo, por Aurora Venturini

Capítulo 1. El difícil oficio de ser exorcista

Capítulo 2. El camino que me llevó al demonio

Capítulo 3. Los orígenes del diablo en la tierra y del exorcismo

Capítulo 4. La ceremonia de exorcismo

Capítulo 5. El primer contacto

Capítulo 6. Los casos registrados

I. Ángela. El ataque llega por vía materna

II. Marina. Una personalidad trastornada

III. Ignacio. El diablo bajo un nogal

IV. Enrique. La serpiente humana

V. Rodrigo. Guiado por el rostro de una monja

VI. Francisco. Un lobo en Olmos

VII. Osvaldo. El diablo maneja la memoria del poseído

VIII. Lisa. Una columna vertebral de cartílagos

IX. Eugenia. Un film en la parroquia

X. Ramiro. ¿Endemoniado o simulador?

XI. Goldmundo. El bajista del Bajísimo

XII. Oscar. “Lo que hacen es contra mi voluntad”

XIII. Livia. La endemoniada de los tres abortos

XIV. Ignacia Rojo. Poder volver a misa

Capítulo 7. Los falsos endemoniados

I. Lucía. “El diablo me ordenó matar a un sacerdote”

II. Manuela Rosa. La invocación a Eurinome

III. Luciano. El abstraído

IV. Carina. Una guerra fría doméstica

V. Carne de cañón. El hombre que no existía

VI. Tita. La niña difícil

Apéndice. Las almas de Ars

Epílogo. Que todo sea para mayor gloria de Dios

Créditos

Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA

Mancuso, Carlos Alberto

Mano a mano con el diablo : crónicas de
un cura exorcista - 1a ed. - Buenos Aires

: Sudamericana, 2012

(Biografías y testimonios)

EBook.

ISBN 978-950-07-3811-8

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Edición en formato digital: febrero de 2012

© 2012, Random House Mondadori, S.A.

Humberto I 555, Buenos Aires.

Foto de tapa: © Getty Images

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-3811-8

Conversión a formato digital: Juliana Orihuela, Luis Parravicini.

www.megustaleer.com.ar



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Argentina:

Humberto Primo 555, BUENOS AIRES

Teléfono: 5235-4400

E-mail: info@rhm.com.ar

www.megustaleer.com.ar



Electa

Grijalbo

Lumen



montena

PLAZA  JANÉS

 ROSADELSVENTS

Editorial Sudamericana